

Viajeros del s. XVIII en Gipuzkoa*

PEDRO BERRIOCHOA AZCÁRATE

EHU-UPV

Resumen:

Bowles, Jovellanos y Humboldt son tres viajeros que visitaron nuestro país a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Son tres personajes de origen geográfico, social y cultural diferentes, aunque los tres son miembros de aquello que se llamó la Ilustración. Aunque les movieran otros intereses, los tres tuvieron una mirada llena de interés, de cariño y de admiración hacia la agricultura y la vida casera de Gipuzkoa.

Palabras clave: Ilustración. Gipuzkoa. Viajeros. Caserío. Agricultura. Vida popular.

Laburpena:

Bowles, Jovellanos eta Humboldt XVIII. mendearen bukaeran eta XIX. mendearen hasieran gure herrialdea zeharkatu zuten hiru bidaiari izan ziren. Jatorri geografiko, sozial eta kultural ezberdinak izan arren, hirurek Ilustrazioa delako mugimenduan parte hartu zuten. Euren helburuak bestelakoak baziren ere, hirurek Gipuzkoako nekazaritza eta baserriko bizitzarekiko interes, maitasun eta miresmen handia erakutsi zuten.

(*) Este trabajo forma parte de las investigaciones desarrolladas por el “Grupo de investigación del Sistema universitario vasco de Historia social y política del País vasco contemporáneo (IT-708-13)” y del proyecto *El proceso de nacionalización española en el País vasco contemporáneo (1808-1980: giro local y conflicto nacional* (HAR 2011-30399) del Ministerio de Economía y Competitividad.

Gako-hitzak: Ilustrazioa. Gipuzkoa. Bidaiariak. Baserria. Nekazaritza. Herri-bizitza.

Summary:

Bowles, Jovellanos and Humboldt are three travellers who visited our country at the end of the 18th century and in the beginning of the 19th century. Although their geographical, social and cultural background is different, they are all members of the so-called Illustration. Despite having different goals, all three of them showed great interest, admiration and affection to the agricultural and farmhouse lifestyle of Gipuzkoa.

Key-words: Illustration. Gipuzkoa. Travellers. Farmhouse. Agriculture. Village life.

Parece que escribir para el *Boletín* de la Bascongada me predispusiera últimamente para tratar aspectos del siglo XVIII, una época en la que no soy especialista. Los propósitos y las experiencias agrarias de la Bascongada me ocuparon en los dos últimos boletines. Perdóneme el lector mi “intrusismo”, pero, como todas las épocas, esta es también atrayente y la curiosidad como lector e investigador ha podido con mi supuesto perfil de “contemporaneísta”.

Siempre me fascinó la mirada de los “otros” sobre nuestro país, en especial sobre Gipuzkoa. Cuando hice la tesis tomé notas de ciertos viajeros que dijeron cosas importantes de nosotros y, sobre todo, del campo y del mundo casero. Recuerdo que incluí en la tesis la mirada de dos de nuestros viajeros: Bowles y Humboldt, pero apenas mencioné nada sobre Jovellanos. Siempre queda tinta en el tintero.

Por otra parte, los viajeros más “famosos” han sido los llamados “románticos”, aunque muchos de ellos por ser del siglo XIX ya obtuvieran esa etiqueta sin más. Eran mayormente viajeros particulares, escritores, militares, periodistas... que escribieron sus impresiones y las pusieron negro sobre blanco. Una particularidad que no ha atraído mayormente a los escritores vascos y españoles, quizás porque hasta el siglo XX fueran poco viajeros. Al contrario, los ingleses, los franceses, los alemanes, los holandeses... han tomado notas y las han publicado bien en libros de viaje o bien en revistas. Estas, en el siglo XIX, se hicieron enormemente populares como medio para conocer otras geografías.

Y, sin embargo, estos viajeros decimonónicos se han ganado el apelativo de “románticos”. Por ejemplo, en el bonito libro que escribió José Berruezo hace más de 60 años, bajo el título de *Viajeros románticos en San Sebastián*¹, relata las miradas de seis viajeros que nos visitaron, aunque desde el comienzo advierte al lector de que “no pretendo precisar de manera absoluta la filiación literaria de los escritores”. En efecto, uno de ellos era Otto von Bismarck que, a pesar de escribir cartas cariñosas a su mujer, pasará a la Historia por ser el político más realista y menos romántico que conoció la Europa de su tiempo.

Quizás esta percepción provenga también del objeto que visitaron, en este caso la Gipuzkoa preindustrial, una geografía que con una naturaleza indómita y, por otro lado, humanizada en gran parte, era un territorio amable y risueño en una época previa a la industrialización. Y, qué decir de España, en especial de la sureña, con su aire morisco, con sus bandoleros, con sus gitanas, con sus toreros, con sus militares enamoradizos... aunque algunos fueran vascos como la Carmen y el don José de Posper Mérimée (1803-1870). Los viajeros extranjeros han hecho una contribución de primer orden en la creación de una España “típica”, una *Spain is different* con rasgos andaluces y morunos.

Frente al romántico, el viajero dieciochesco “proporciona al lector un gran caudal informativo” y “alterna errores evidentes y juicios sesgados con análisis profundos y bien fundamentados”².

La percepción del “otro” es por un lado una fuente historiográfica de primer orden, pero es también una potente constructora de mitos. Los guipuzcoanos y los vascos, en especial aquellos que vivían en la vertiente atlántica o que hablaban en euskara, van a ser observados como “raros”, “primitivos”, “genuinos” en una Europa desarrollada y en una España demasiado maleada por la Historia. La visión “antropológica” de los vascos como una “supervivencia” en palabras de Edvard Tylor va a pesar hasta el siglo XX.

En este pequeño trabajo voy a huir de los “románticos” y de los “antropólogos” para centrarme en tres viajeros dieciochescos que fueron contemporáneos de los Amigos de la Bascongada. Mi mirada va a escapar, en lo que pueda, de los aspectos más estudiados sobre ellos. Me refiero a sus visiones políticas o lingüísticas sobre el país. Me centraré más bien en mi terreno: el

(1) BERRUEZO, José: *Viajeros románticos en San Sebastián*. Imprenta V. Echeverría. Edición del autor. San Sebastián. 1951.

(2) MARTÍNEZ SALAZAR, Ángel: “Euskal Herria en los libros de viajes”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Eusko Ikaskuntza. Oñati. 1995. pp. 559-572.

campo, el monte, el caserío y los caseros sin rehuir otros aspectos de la cultura popular o de su relación con la Bascongada.

Se trata de tres ilustrados de tres áreas geográficas muy diferentes. Los tres participan del siglo de las Luces con luz propia, valga la redundancia. Son tres primeras espadas: el irlandés William Bowles, el asturiano Melchor Gaspar de Jovellanos y el prusiano Wilhelm von Humboldt.

Bowles es un irlandés afincado y naturalizado en España. Se trata de un científico “útil” como aquellos tan queridos en la época. Es un naturalista, un experto en mineralogía, un químico. Alguien muy del tono del Real Seminario de Bergara, y, sin embargo, su mirada sobre las labores del campo, los instrumentos, los cultivos, etc. es de una precisión sorprendente.

Jovellanos no necesita presentación. Es la gran figura de la Ilustración española. Nadie como él incardinó los afanes que también movieron a los Amigos de la Bascongada a los cuales le unían fuertes lazos ideológicos y de amistad. Es jurista, político, ensayista, poeta y, sobre todo, promotor de experiencias comparables a la Bascongada. Su mirada ni es antropológica ni lingüística; del país poco le podía sorprender pues estaba próximo por su origen asturiano, y cercano por sus conocimientos. Su percepción es personal, útil para él: un diario por el que pululan sus amigos y allegados de peluca, pero también por donde circula lo popular.

Humboldt es ya un personaje clave de la cultura alemana y europea. Quizás está un peldaño por encima de Jovellanos, aunque sea por el peso que la *Kultur* alemana tiene en el siglo. Fue un hombre educado para la gloria. Humboldt es un lingüista eminente, un ensayista de altura y un político que está en los grandes acontecimientos de la Europa posnapoleónica. Su círculo de amistades íntimas trasciende la propia cultura europea. Y, sin embargo, y aunque no dejó una obra perfilada y bien acabada respecto al país, fue un hombre al que le atrajo el País Vasco y el euskara de una manera casi obsesiva.

La fecha de estos escritos se sitúa en el último cuarto del siglo XVIII. Bowles publicó su libro en 1775, aunque sus apreciaciones respondan a viajes algo anteriores. Jovellanos nunca vio ni pretendió ver sus *Diarios* publicados, pero los textos responden a dos viajes que partieron desde Asturias en 1791 y en 1797, este último, dos meses antes de ser nombrado ministro. Humboldt partió en 1799 de París, en donde residía por esa época, a la parte central y oriental de España: un viaje de más de medio año rodeado por su mujer, sus hijos y el servicio. Volvió en la primavera de 1801, en un viaje algo más corto, exclusivamente al País Vasco, y solo. Así pues, se trata de tres textos

que abren el último cuarto de siglo y que lo cierran en 1801, ya comenzado el s. XIX.

Los tres tienen también cierta relación en la persona de Humboldt. Este no vino a la península con las manos vacías, al menos su cabeza estaba llena de lecturas. Conocía y tenía leída la *Introducción a la historia natural* de Bowles y sabía de la importancia de Jovellanos como pensador y ensayista, y conocía muy bien sus textos. Bowles había muerto en 1780 y no conoció a Humboldt, que todavía no era sino un niño berlinés, pero sí debió conocer a Jovellanos que desde 1778 tenía una presencia pública importante en Madrid. Humboldt habla de Jovellanos, incluso hay algún autor que le cita entre sus entrevistados, aunque los escritos desmientan una conversación privada.

Bowles, Jovellanos y Humboldt son, pues, nuestros escritores. Tres hombres en principio diferentes: un naturalista, un jurista y un lingüista, aunque los tres coinciden en su curiosidad por todo lo que les rodea. Los tres tienen, en general, una visión muy positiva del país. Tres hombres de orígenes, estudios y afanes diferentes pero con un sesgo común: su pertenencia al movimiento ilustrado.

1. La mirada del naturalista Bowles

España no ha sido pródiga en hombres y mujeres de ciencia. Quizás, la pervivencia del peso de la escolástica en la universidad y la cerrazón hasta el siglo XIX hacia la cultura científica europea han provocado una falla que se intenta cerrar en nuestros días de prisa y sin demasiado éxito.

Me vienen a la cabeza hombres y nombres de científicos y técnicos sobre los que directa o indirectamente he trabajado en mis escritos. Por ejemplo la familia Mieg descendientes de Johan Mieg, un profesor de ciencias alemán, que Fernando VII “fichó” en su “encierro” en Francia. Los Dugiols, una familia de origen francés como había muchas en Guipúzcoa y que copaban oficios técnicos como la metalurgia o la tejería. Los agrónomos extranjeros (Tronchon, Brouard, Delaire...) o los nacionales que estudiaron fuera (Garagarza, Sagastume, Olazábal, Laffitte...). Por no hablar de los muchos médicos que se especializaron en Europa o del capitán de la siderurgia vasca, Víctor Chávarri. Podríamos citar muchos más.

La propia Bascongada cuando crea su centro pedagógico en Bergara acude a profesores extranjeros para sus cátedras de Mineralogía y Ciencias. Los propios hermanos Elhuyar eran hijos de un cirujano vascofrancés y se formaron en París y, en el caso de Juan José, en Suecia.

No nos sorprende que la contribución española a los premios Nobel es escasísima y la vasca, nula. Él “que inventen ellos” de Unamuno tiene un amplio recorrido para atrás y, parece, que para adelante.

William Bowles es uno de esos científicos que recalaron en España y que se naturalizaron aquí: su obra mayor está escrita en castellano, aunque nunca lo dominó por completo.

1.1. William Bowles (c. 1714-1780)

Hay discrepancias con respecto a su fecha de nacimiento. Se sabe que nació en un pueblo cercano a Cork (Irlanda, entonces británica) sin fecha demasiado certera: algunos mencionan hacia 1720, la Wikipedia señala que en 1705. Su prologuista de la segunda edición abona el desconcierto, pues señala que murió en 1780, “a los sesenta y seis de su edad poco más o menos”, lo que nos retrotrae a 1714. Algunas fuentes señalan incluso que era un francés de origen irlandés.

Su juventud también está envuelta en las nieblas de su país. Al parecer, estudió leyes, “que siguió con repugnancia”, por prescripción paterna en Inglaterra. Lo que parece ya seguro es que para 1740 residía en París. En su Academia de Ciencias se aplicó en el estudio de la historia natural, la química y la metalurgia. En Francia visitó “casi todas las provincias” haciendo observaciones sobre la minas y escribió ciertos *Diarios* no publicados³. En París, en 1752, conoció a Antonio de Ulloa.

Antonio de Ulloa y de la Torre-Giralt (1716-1795) era un marino, naturalista y escritor andaluz. Alcanzó los grados más altos en la Armada, fue, incluso, gobernador de la Luisiana, en su efímera posesión española, y de otros territorios. Sin embargo, su vida quedó marcada cuando junto con otros científicos como Jorge Juan tomó parte de la expedición dirigida por Pierre Bouguer y patrocinada por la Academia de Ciencias de Francia para medir el

(3) Gran parte de los datos biográficos los da el prologuista de la *Introducción* en su segunda edición, la de 1782. Se trata de un señor que firma como AL, que para ello se basa en las cartas que Joseph Nicolás de Azara le manda desde Roma. Asegura este señor que poseía esos Diarios de Viajes de Francia y que le había ayudado en la redacción castellana de su libro principal.

Azara (1730-1804) es una fuente fidedigna. Fue embajador en Roma (1785-1798) y en París (1798-1803) y era hermano del naturalista Félix de Azara. Gran mecenas, es famosa su ayuda al pintor Mengs. Jean Sarrailh lo pinta como “uno de los hombres más inteligentes, cultos e ingeniosos de España”. Bowles también se encontraba entre sus favorecidos.

arco del meridiano que pasaba cerca de Quito. Posteriormente, se dedicó también a trabajos metalúrgicos en América y descubrió el platino en Esmeraldas (Ecuador). Miembro de varias reales academias europeas, lo era también de la Real Academia de Ciencias de Francia. Aquí conoció a Bowles en 1752.

Ulloa era un hombre bien asentado en la corte de Madrid. Además de sus cargos políticos y militares, era comendador de Ocaña en la Orden de Santiago. Se trataba de un hombre de peso. Esto debió animar a Bowles. Ulloa quería que Bowles trabajara en el estudio industrial del platino y sus aleaciones. Además, estableció un Consejo de Historia Natural de la que Ulloa sería el director y Bowles su investigador principal.

Para 1753 William Bowles ya reside en Madrid. En la corte, junto a otros irlandeses, va a contar con el respaldo de un compatriota: el jacobita irlandés Wall. Ricardo Wall y Devereux (1694-1777) es un militar y político de relieve: un católico irlandés en la corte española, como el propio Bowles. Secretario de Estado (1754-1763) con Fernando VI y Carlos III, fue el protector de figuras tan descolantes como Aranda, Grimaldi (su sucesor), Campomanes..., pero también del “clan” irlandés en España: los Lacy, Fitz-James Stuart, O’Reilly, O’Higgins, el propio Bernardo Ward (con tantos lazos con la Bascongada) y, también, William Bowles. Además, Wall también se preocupó de apoyar las experiencias científicas. En este contexto debemos colocar a la figura de Bowles y sus trabajos. “Los Irlandeses siempre han profesado grande amor a la Nación Española”, dirá tras una comparación exhaustiva de vizcaínos e irlandeses⁴.

Al parecer, su primera misión fue la del reconocimiento de las minas españolas, en especial la de Almadén, productora de cinabrio, del que se sacaba el azogue (mercurio) y que estaba inutilizada por un incendio. El propio Bowles fecha el viaje de Madrid a Almadén: 7 de julio de 1752. En Almadén, recordemos, también trabajó nuestro Fausto Elhuyar. Se trataba de mejorar la mina para su explotación. Igualmente, realizó otra misión en la cercana mina de plata de Guadalcanal (Sevilla).

A partir de esta época emprende una serie de viajes que le llevan por toda España. Se trataba de hacer acopio de información sobre yacimientos y rocas, pero también sobre cultivos y bosques. Estos viajes son el fondo de su

(4) BOWLES, Guillermo: *Introducción a la Historia Natural y la Geografía Física de España. Segunda edición corregida*. Imprenta Real. Madrid. 1782, p. 325.

Voy a utilizar esta versión. El lector lo puede consultar en Internet, pues está digitalizada y es una obra deliciosa.

Introducción a la Historia Natural. En esta labor fue acompañado por tres discípulos y compañeros: Joseph Solano (un militar), Salvador de Medina (un científico que murió en California) y Pedro Saura (un abogado).

Un aspecto que le une a Humboldt, al margen de que este tuvo conocimiento de su obra y la estudió, es la presencia de sus mujeres en sus viajes y su complicidad científica. En este caso su esposa era la alemana Anna Rustein, “a la qual amaba infinito”.

Es la *Introducción* la obra que nos interesa, pues al margen de las consideraciones mineralógicas o paleontológicas nos da anotaciones agrarias o de la vida de los campesinos. Bowles seguía la hoy denostada teoría del flogisto, que sostenía que la combustión de la materia se debía a la materia de tan fantástico componente.

En el libro se tratan aspectos de tipo geográfico como son la meteorización de las rocas y los suelos, la erosión, la geomorfología de las terrazas y los cauces fluviales, comentarios sobre botánica, en especial sobre árboles, cambios en el nivel del mar, aspectos hidrológicos o la génesis de los cantos rodados⁵.

Bowles contribuyó al enriquecimiento de las colecciones del Gabinete de Historia Natural, siguiendo la estela de Ulloa. El regeneracionista Lucas Mallada⁶ le considera junto al franciscano padre Torrubia (1698-1761) como el científico más importante de esta época en España.

Bowles tiene otras obras sobre minería, sobre el ganado merino o la plaga de langostas, pero su libro fundamental y el que nos interesa es la *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España* (1775). La obra tuvo un éxito inusitado, con otras dos ediciones en 1782 y en 1789. Asimismo, fue traducida al francés en 1776, adaptada al inglés en 1780 y también traducida al italiano en 1783.

Parece que para la redacción de su obra contara con la ayuda de sus amigos, pues su prologuista, que firma AL, señala que le ayudó, “pues él no llegó a poseer la lengua Castellana de manera que pudiese hacerlo por sí propio”.

(5) RECIO ESPEJO, José Manuel: “Guillermo Bowles: un naturalista por la España de mediados del siglo XVIII”. *Boletín de la Real Academia de Córdoba*. Córdoba. 2006, pp. 69-79.

(6) MALLADA Y PUEYO, Lucas: *Los progresos de la Geología en España durante el siglo XIX. Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias*. L. Aguado. Madrid. 1897.

Este prologuista de la edición de 1782 a través de Azara nos presenta a Bowles como un hombre desinteresado por el dinero. Pidió 24.000 reales a la corte por su permanencia, admirándose el ministro Wall y el conde de Valparaíso “de su moderación y desinterés”.

Es retratado por AL como “de buena estatura y presencia, generoso, honrado, alegre, ingenuo y amigo de buena compañía”. Su residencia regular estaba en Madrid, pero cuando emprendía sus viajes parece que vendía hasta los muebles. Bilbao aparece como una segunda residencia, “a donde fue quatro veces”, lo que nos indica su conocimiento sobre el país, y señala AL su que-rencia vasca porque le gustaba “aquel clima por su ayre templado y su grande amenidad”.

William, o ya Guillermo, Bowles murió en Madrid el 25 de agosto 1780 y fue enterrado en la parroquia de San Martín, después de haber recibido la estimación y el aprecio de sus lectores y de todos los sectores oficiales.

1.2. Introducción a la historia natural y a la geografía física de España

La obra de Bowles ha tenido una gran influencia en las visiones, diarios, guías de viajes y libros en general que sobre el País Vasco han escrito otros autores posteriores. Leyéndolos a veces oímos la música de las notas del viejo irlandés. Por ejemplo, el libro de Humboldt le debe mucho; el de Laborde casi copia literalmente algunas de sus frases en francés⁷.

Bowles sabía sobre lo que escribía. No confundía los gentilicios como otros: “El Señorío de Vizcaya es una de las tres Provincias Vascongadas” y conocía a la Bascongada: “pocos años hace establecieron una Sociedad de Artes y Ciencias, tomando como emblema tres manos unidas de buena fe”⁸. Sin embargo, no parece haber estado en Bergara, pues en el viaje que le trae a Gipuzkoa en Mondragón se desvió a Oñati y por Legazpi, y en Villarreal (Urretxu) tomo el camino real hacia Bayona. Recordemos que su afán principal era la descripción de las minas, en este caso las que se situaban entre Oñati y Legazpi. Tampoco hace mayores referencias respecto a otras poblaciones, incluida la propia San Sebastián. Al contrario de Bilbao, en donde sabemos vivió y que era una villa que amaba y se sentía a gusto. Tenía tan profundo

(7) LABORDE, Alexander de: *Itinéraire de L'Espagne, et tableau élémentaire des différentes branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume*. 5 tomes. Chez H. Nicolle. Paris. 1808.

(8) BOWLES, Guillermo: *Introducción a la Historia Natural...*, p. 302.

conocimiento de la villa que señala haber visto tres avenidas de la ría: “el andar los barcos por las calles sucede bastantes veces”. Tiene un largo capítulo dedicado a las minas de Somorrostro, que era su materia, y otro más corto en donde trata algo tan bilbaíno como los chimbos y su caza. Respecto a esto, señala algo muy antiguo en país, la afición por la caza: “la caza sería abundante, si no hubiese tantos cazadores”. Por ejemplo respecto las codornices señala que “son las mejores que yo he comido en España”⁹. Otros tiempos.

Su poco interés por las urbes contrasta con el que tuvo por el campo. Hace de alguna forma una refundición de la vida campesina de Gipuzkoa y de Bizkaia, pues “su modo de vivir, y sus costumbres son idénticas con las de los Vizcaínos”. Bowles es un determinista radical: “no solo determina el clima lo físico, sino también lo moral”¹⁰. Y su retrato de Gipuzkoa y de sus gentes no puede ser más risueño:

“Las montañas de Guipúzcoa son muy frondosas y bellas, pues además de los castaños, encinas, robles, y otros árboles ó arbustos que las cubren, hay mucho nogal, avellano, variedad de frutos, y un sin número de manzanales para la sidra. Lo demás del suelo son tierras de labor para huertas, y sembrar trigo, maíz, nabos, lino, legumbres, etc. La gente es muy humana y agasajadora con los forasteros, á quienes, lejos de dar vaya, como en otras partes, salen los muchachos y las muchachas á los caminos á regalarles frutas y flores”¹¹.

¡Cómo no respetar el contenido de esta cita! Bowles describe unas provincias “pobladas de caserías hasta la cima”, dejando entrever que se trabaja intensivamente en las “barriadas dispersas y casas solitarias que se han situado según la comodidad de los terrenos y de las aguas”. “Como las tierras mansas son pocas, hacen roturas en las faldas de los montes”. Si no fuese “por el trabajosísimo y extraordinario cultivo que las dan, solo producirían bosque, maleza y herbazales”¹², señala. Nos describe cómo era el país: un territorio demasiado poblado que reventaba por sus costuras.

Nuestro irlandés es testigo de la creación de caseríos, pues aparte de que no había visto ninguna casa abandonada, había observado “sí muchas nuevas”. Y es que la superpoblación era de tipo malthusiano, de ahí la emigración: “mientras no se introduzcan, como se debiera, algunos ramos nuevos de

(9) *Ibidem*, p. 315.

(10) *Ibidem*, p. 332.

(11) *Ibidem*, p. 301.

(12) *Ibidem*, p. 310.

industria, crece cada día, sin embargo de los muchos hombres que salen de allí para no volver”.

Hace una descripción más acorde con el caserío vizcaíno que con el guipuzcoano, pero señala la falta de chimeneas en dos terceras partes de los caseríos. Nada problemático según su ingenua y complaciente mirada, pues lo solventa de esta manera: “y dicen que esto es muy provechoso, porque el humo disipa la humedad, y facilita la transpiración, y que así viven sanos. Lo cierto es que, según yo observé, ni aún fluxiones padecen”¹³.

Respecto a los cultivos, los repasa como hemos visto en un párrafo precedente y se solaza describiéndonos las fases del cultivo del trigo y del maíz. Anota, como no podía ser menos en un naturalista, las ventajas del encalado, y también del yeso y la marga. Todo ya conocido y que he tratado en otros escritos.

Voy a reflejar solamente la descripción que hace del layado, faena que le sobrecogió:

“Figúrese un instrumento semejante a aquellos tenedores que hay de dos puntas de hierro, hecho de dos barretillas de a media vara poco más o menos de largo, separadas paralelamente como medio pie, unidas por las cabezas formando dos ángulos rectos, con un mango de madera asegurado, no en el medio entre punta y punta como le tienen dichos tenedores, sino perpendicular a una de ellas, quedando encima un descanso o muletilla. Juntanse dos, tres, o quatro trabajadores, pues uno solo hace poca y mala labor. Toma cada uno dos de dichas herramientas en las manos. Puestos en fila, las clavan delante de sí, y subiéndose en pie sobre las muletillas que quedan a la parte interior, las acaban de hincar: mueven luego las dos herramientas atrás y adelante, y separan y arrancan un gran terrón, que echan adelante volviéndole lo debaxo arriba; con cuya operación siguen todo lo largo de la heredad. Por la zanjita que dexan formada, va un trabajador cortando las raíces gruesas y profundas de algunas hierbas. Después quebrantan los terrones con azada y los hielos del invierno los acaban de desmoronar. Llaman *laya* al instrumento referido, y *layar* la acción de trabajar con él”¹⁴.

Un detalle: cuando menciona los cultivos y sus rotaciones para Bizkaia menciona que algunas en tierras pobres la sucesión del cultivo del trigo obligaba al empleo del viejo barbecho.

(13) *Ibidem*, p. 300.

(14) *Ibidem*, pp. 310-311.

Otra de sus apreciaciones interesantes es la que hace sobre las roturas, con sus labores y cultivos. Todos sabemos que la presión demográfica del siglo XVIII obligaba a buscar tierras en los comunales, “en las faldas de los montes”. Será una suerte de primera fase de su predesamortización. Los concejos dejaban a cambio del pago de un canon terrenos comunes a los vecinos. Estos rodeaban con seto el terreno y pasaban a roturar. Su descripción es también sumamente interesante:

“Rozan toda la superficie, levantando con azadón céspedes de quatro dedos de fondo, en que salen enredadas las raíces de las hierbas y arbustos. Dexan secar bien los céspedes, y por Julio ú Agosto los amontonan con la hierva hacia abaxo sobre algunas ramillas de arbusto, formando figura de pirámide: dan fuego por un lado á los arbustos, y luego que se han encendido ellos y la hierva, cubren con tierra desmenuzada los montones, para que se ahogue el fuego, y se tueste la tierra, al modo que se hace el carbón. Desparraman la tierra tostada, que se pone de color de ladrillo, y aran y siembran después. Los primeros tres años vienen muy fértiles cosechas de trigo; el quarto, cebada ó centeno; y el quinto lino: después vuelve á enfiarse la tierra: quitan el seto; y hasta la maleza cubre la superficie, hay buen pasto. Todo este ímprobo trabajo es indispensable para que poca é indócil tierra pueda mantener á muchísima gente que gusta de comer bien”¹⁵.

Ahí les vemos a nuestros caseros, como los campesinos precolombinos o los actuales de extensas zonas de América Central y del Sur, o de Madagascar, practicando la agricultura nómada o itinerante, de tala y quema. De nuevo nos aparece el fantasma de Malthus: “aun así no basta, y es necesario llevar algún trigo de Castilla, o traerle por el mar”. Lo propio sucedía con respecto a las carnes, que también se importaban “porque en un país de corta extensión todo cultivado, plantado, o cubierto de bosque y maleza, no hay donde se críe la carne suficiente”. Por todas estas citas deducimos lo que hemos sostenido tantas veces: el país es todavía cerealista y el ganado vacuno tiene una importancia secundaria.

Otro aspecto que Bowles destaca y que el caserío ha olvidado es el de la fruticultura. En su texto se subraya la abundancia de manzanos: “parece que están ahí en su tierra nativa, pues aún en el campo, y sin cultivo, se hacen árboles hermosos” y las reinetas de varias especies. Casi lo propio sucede con los melocotones “llamados pavías, tan delicados y llenos de xugo”, tan notables que “los de Aranjuez descienden de ellos; pero nunca son tan dulces ni xugosos”.

(15) *Ibidem*, pp. 313-314.

Admirable. Pero lo mismo sucede con las varias especies de peras “fundientes”, que se deshacen en la boca, y lo mismo otras frutas: guindos, bergamotas, cerezas, higos, grosellas, fresas... De las fresas de Bilbao asegura algo que siquiera ningún natural de la villa ha osado afirmar: “las cultivadas en Bilbao son de la más excelentes de Europa”. Tampoco se olvidó de los castaños injertados “cuyo fruto llevan los navíos hamburgueses para regalo de los Alemanes”.

También tiene interés particular su apreciación de la uva y del chacolí. Es verdad que su descripción se referiría fundamentalmente a Bizkaia, pero tiene todo nuestro interés. Había moscateles tan sabrosos como los mejores franceses y para elaborar chacolí se valían de 6 o 7 variedades. Se trataba de viñas altas, “para que el dueño se pasee a la sombra”, de tres o cuatro pies de alto y daba una de las mejores rentas a los hacendados. Bowles critica con acentos liberales sus efectos y su consumo. El chacolí tenía un precio tasado y estaba protegido por la legislación: no se podía importar vino forastero hasta consumir el de casa. El resultado era que los productores no se esmeraban en su elaboración: vendimiaban antes de tiempo, no dejaban madurar la uva, mezclaban racimos buenos con podridos... Total, salía un vino “demasiado raspante y ácido”, cuando podía ser un vino similar a los de Champagne.

El chacolí no bastaba para el consumo de un cuatrimestre. Consumido aquel, en Bizkaia recurrían al vino de Rioja. Bowles subraya también la afición de los vascos por el vino, muy superior a la de los ingleses y alemanes, pero con una particularidad: “rara vez comen sin beber”, de ahí que se vieran pocos borrachos. De todas formas, el vino era un producto de lujo, pues “los caseros y gente trabajadora no suelen tener dinero para beber vino sino los días de huelga”¹⁶.

Los bosques tampoco escapan de su curiosidad; al contrario, les dedica nada menos que tres capítulos: el primero a los bosques trasmochos, el segundo a sus parásitos y el último a los motivos por los que unos son huecos en ciertos países y sólidos en otros.

No es el momento, por la falta de novedad, sobre su descripción de los bosques (bravos, trasmochos y los jarales, a estos últimos llama *sebes*)¹⁷. Se trata de una descripción pormenorizada sobre la formación de la chirpía, sobre la plantación en viveros, la plantación en el monte, el podado de los trasmochos...

(16) *Ibidem*, pp. 309-310.

(17) VILLARREAL DE BÉRRIZ, Pedro Bernardo: *Máquinas hidráulicas de molinos y herrerías y gobierno de los árboles y montes de Vizcaya*. Sociedad Guipuzcoana de Publicaciones y Ediciones. San Sebastián. 1973.

Pero la mirada de Bowles va más allá de lo suyo: lo botánico, lo zoológico y lo mineral; al contrario, se detiene a describir al elemento humano, su modo de vida y sus relaciones sociales.

En uno de los aspectos en los que yerra es en el de la propiedad. ¿Quién le había informado de ello? No lo sabemos, pero vislumbramos que entre sus “gargantas profundas” abundaban aquellos que querían dar una imagen risueña del país, algo alejada de la realidad, del colonato abrumador. Sostiene Bowles:

“La mayor parte de estas casas y sus pertenencias se habita y cultiva por sus mismos dueños, que llaman *Echejaunas*, esto es, señores de casas, cuyas familias las han poseído desde tiempo inmemorial, y es verosímil las posean sus sucesores, porque es cosa muy mal vista enajenar la casa y hacienda de sus antepasados. Las que pertenecen a personas ricas, andan en arrendamiento: y como, por lo regular, tienen las heredades casi a la puerta, todo lo cultivan, todo lo plantan, o lo utilizan de alguna manera”¹⁸.

Los “*guizones*” son retratados con sus calzones holgados, una especie de chaleco “encarnado con solapa”, gabán rústico, abarcas y tocados con montera o sombrero de tres picos. Caminan siempre con un gran palo que les sirve para su quebrada topografía, pero también para defenderse. La pipa en la boca, “porque se persuaden que el humo del tabaco les aprovecha contra las humedades del país”. Son robustos, ligeros, vigorosos, “alegres, afables, sociales y quietos, cuando no se les da motivo para entrar en cólera”.

A las mujeres las distingue por su tocado, con la misma diferencia que aparece en otras obras cercanas en el tiempo como el propio Perú Abarka: las casadas con pañuelo de lienzo o muselina, anudado en lo alto, cayendo las puntas atrás; y las doncellas con el cabello trenzado. Son mujeres con

...

AYERBE, Rosa: “La influencia de la Bascongada y de la Instrucción elemental del Marqués de San Millán en la economía forestal de la villa de Tolosa”. *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*. LXX. San Sebastián. 2014, pp. 273-311.

BERRIOCHOA, Pedro: Empirismo agrario en la Bascongada”. *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*. LXXI. San Sebastián. 2015, pp. 269-314.

(18) *Ibidem*, p. 318.

El subrayado es mío, por la falsedad de esta afirmación. No se puede culpar a Bowles de tal mal, que ya tenía sus dificultades en país extraño y con un idioma que no dominaba por completo. Al contrario, Bowles se adapta al país e introduce términos en euskara como este de *echejaunas* u otros como *otea*, *otaca*, *carricadanza*, *guizones*, *chimbos*...

costumbres no corrompidas, “varoniles y altivas”: llevan “con perfección todas las labores y haciendas en una casa”, lavan la ropa, amasan el pan, guisan “y trabajan en el campo como los hombres”. Su retrato de los trabajadores del puerto de Bilbao es antológico¹⁹.

No habrá razón para no darle el “*lagun ona*” con efectos retroactivos. Bowles se acuerda de su patria irlandesa con cariño, pues bien los vascos se parecen mucho a sus compatriotas: los hombres se apalean deportivamente sin echar “mano de puñal, ni de arma corta”, son coléricos, el chacolí se parece al *scheebeene-biere* irlandés, las familias comen del mismo plato, sus mujeres son enormemente trabajadoras y guardan inviolablemente su fe conyugal con la negación “soy casada”. Por otro lado, sus romerías, sus meriendas y sus danzas alegres les dan un evidente aire de familia.

Al igual que Humboldt, Bowles destaca el fuerte sentimiento de singularidad de los vascos y su orgullo por su nacionalidad. Se trata de un aspecto en el que coinciden casi todos los viajeros, entre ellos, y subrayado, el propio Humboldt. “Todas las gentes montañosas tienen grande amor a su patria” y la tienen “por la más apreciable del mundo, y por solar de una nación descendiente de los Aborígenes Españoles”.

Por último, Bowles, aunque extasiado por todo esta panoplia de cualidades, ofrece la imagen de “pobreza” propia de los humildes caseros, pero coincido con él en su apreciación de que la pobreza era digna y, por lo tanto, menos lesiva. Según él, la pobreza no es vileza y no se confunde con la mendicidad. Al vasco le afrenta la mendicidad y, a pesar de que las mujeres son muy caritativas, los mendigos son mayormente forasteros. Va a ser otra afirmación repetida por muchos viajeros. No sabemos hasta qué punto no era algo inducido por las élites²⁰.

Todas estas particularidades le llevan a presentar al país como homérico. Este calificativo es particularmente más sobresaliente en un siglo que, a través de la Ilustración y el Neoclasicismo, volvía sus ojos hacia la antigüedad grecolatina como modelo de inspiración. Es una comparación que la hubiera hecho suya Humboldt, filohelenista consumado, y que buscó puntos de unión entre los griegos antiguos y los vascos:

(19) *Ibidem*, pp. 330-331.

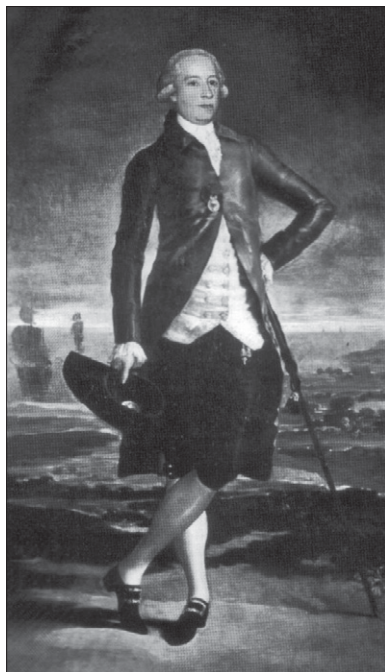
(20) GRACIA CÁRCAMO, Juan: “La otra sociedad. Los marginados”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Eusko Ikaskuntza. Oñati. 1995, pp. 529-540.

“Recorriendo aquellos países, me parecía haberme trasladado al siglo y a las costumbres que describe Homero: y quien busque la sencillez, la robustez, y la verdadera alegría, las hallará en aquellas montañas, y conocerá que sí, por lo general, sus habitantes no son los más opulentos, son esencialmente los más felices, los más amantes del país, y los que viven menos sometidos a los poderosos”²¹.

2. La mirada afilada de Jovellanos

Los *Diarios* de Jovellanos no eran textos destinados a la imprenta y a la publicación. Su primera edición los especifica, entre paréntesis, con la acepción de *Memorias íntimas*²². Son diarios que abarcan la última década del siglo XVIII y entran de refilón en el XIX. Son textos escritos para sí, para su memoria y su conocimiento. Así pues, no tienen el artificio que en muchas ocasiones acompaña a los textos a publicar. Son textos sinceros, en bruto. Por ejemplo, en Eibar describe los oficios armeros y los negocios como intermediarios de la Compañía de Filipinas, y termina el párrafo: “No puedo seguir, de sueño”.

Y, sin embargo, los textos están exentos de esas apreciaciones malsonantes que quizás anotaríamos en cualquier cuaderno de viaje. Quizás sea porque su siglo fuera menos chabacano que el nuestro o porque el personaje fuera más templado que el que esto escribe. Además, Jovellanos tenía ya cierta práctica, pues



Jovellanos retratado por Goya hacia 1780.

(21) *Ibidem*, p. 121.

(22) JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Diarios (Memorias íntimas) 1790-1801*. Imprenta de los Sucesores de Hernando. Madrid. 1915.

en 1782 en un viaje a León y a Asturias ya se había estrenado en el género con *Cartas del Viaje de Asturias*.

Los *Diarios* son escritos que se prolongan a través de doce años (1790-1801) y acaban dos meses antes de su destierro y prisión en Mallorca en 1801: primero en la Cartuja de Valldemossa y luego en el castillo de Bellver en donde permaneció hasta 1808²³. Jovellanos narra su propia detención y su traslado desde su tierra asturiana hasta Barcelona. Aquí finaliza el relato, antes de su embarque en el barco-correo de Palma de Mallorca.

Este texto tuvo vicisitudes de todo tipo, por lo que fue publicado más de un siglo después de la muerte de su autor. Fue el Instituto de Jovellanos de Gijón el que en 1915 lo sacó a la luz.

2.1. Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811)

Gaspar Melchor de Jovellanos Ramírez es una figura relativamente conocida por todos. Es el prototipo de ilustrado español con tintes liberales. Es un hombre muy ligado a la Bascongada y a sus Amigos. Según Julián Marías es la figura ilustrada más importante del siglo XVIII y el hombre más importante de aquel siglo tras Goya. Sin embargo, hoy pasa por ser un desconocido, según lo reflejan sus biógrafos. Así pues, conviene refrescar algunos datos.

Asturiano de Gijón, nació el día de Reyes de 1744, de ahí sus nombres que también incluían el de Baltasar; hijo de una familia muy numerosa, hidalga y no muy pudiente, su contexto social y familiar le impulsó a seguir estudios encaminados hacia el estamento eclesiástico. Oviedo, Ávila, Osma y Alcalá van a ser sus hitos académicos para convertirse en bachiller y licenciado en Cánones.

Tras terminar sus estudios en 1767, cambia el traje talar por la toga y entra en la Audiencia de Sevilla en donde permanece una década (1768-1778). Tras esta experiencia sureña, accede a la corte (1778-1790) en donde desde dentro del Consejo de Castilla va a desempeñar muchas ocupaciones, especialmente en el Consejo de las Órdenes Militares.

Ya desde su estancia en Sevilla, Jovellanos entra en los círculos y tertulias ilustradas de la mano de Pablo de Olavide. Es poeta, parece que malo,

(23) Jovellanos fue excarcelado tras la caída de Godoy en el Motín de Aranjuez (marzo de 1808) y aprovechó el viaje de vuelta a la Península para seguir escribiendo sus impresiones de viajero con su *Diario de viaje desde Bellver (Mallorca) a Jadraque (Guadalajara)*. *Regreso del destierro*.

y, sobre todo, dramaturgo de cierto éxito; pero van a ser sus ensayos e informes los que le van a aupar en el mundo intelectual español. Con la ayuda de Campomanes, ya en Madrid, ingresa en las Reales Academias de Historia, de Bellas Artes y de la Lengua. Es también director de la Sociedad Matritense. Se convierte en un referente ilustrado del reinado de Carlos III.

En 1790 se produce su caída en desgracia. Su amistad con el banquero bayonés Francisco Cabarrús y la defenestración de este le arrastran. Corren los tiempos revolucionarios franceses y Floridablanca recela de Jovellanos. Se ha hablado también de los nones que le dio a la reina. Vete a saber.

Es este momento el que nos interesa. Jovellanos es “desterrado” a su tierra natal y aquí comienza a pergeñar su proyecto educativo minero e industrial. El que se encargara de una comisión de minas fue la tapadera de su alejamiento. En Asturias se involucra con su minería, su industrialización y con la educación sobre estas materias. Ya desde joven soñó con una industrialización de España; ahora iba a realizar su proyecto de creación del Real Instituto Asturiano de Náutica y Mineralogía en Gijón (1794).

En este contexto tiene lugar su primer viaje a Gipuzkoa. Jovellanos parte el 6 de agosto de 1791 hacia Santander, y pasando por Bizkaia, entra en Gipuzkoa a través de Eibar, una villa importante para sus sueños minero-metalúrgicos. Recorre Gipuzkoa hasta el este y vuelve por el camino real con destino a Valladolid. Su estancia es de una semana larga.

El segundo viaje es más corto. El 11 de septiembre de 1797 entra desde Álava por Salinas. Viaja por el Deba, en donde Bergara con su Seminario y sus amigos ilustrados era parada ilustrada, pasa al Urola medio, y de allí vuelve por Eibar hacia Bizkaia. Para el viernes 15 ya parte hacia Durango y luego a Bilbao, en donde permanece casi una semana. Sale el viernes 22 hacia la Montaña.

Al poco, en noviembre, fue nombrado ministro de Gracia y Justicia en donde permaneció solo 9 meses (1797-1798). Luego llegó su segunda caída en desgracia, esta vez ante Godoy, y su confinamiento y prisión en Mallorca (1801-1808). La caída del Príncipe de la Paz en el Motín de Aranjuez y la invasión francesa le otorgaron un nuevo protagonismo como miembro de la Junta Suprema Central, el gobierno antibonapartista. Murió en su tierra natal en 1811.

Jovellanos es un de los pocos políticos españoles que ha sido un intelectual de cuerpo entero. Otro puede ser Azaña, pero frente a este fue menos político y más intelectual. Y como Azaña también llevó un diario. Es, por

tanto, una *rara avis* en la política española. Sin embargo, frente a la figura del presidente de la República, Jovellanos fue un político malogrado, un perdedor. Le faltó ambición y coraje político²⁴. No era un revolucionario al estilo francés y no encabezó ninguna asonada. Su valor ético, su honradez y su desprecio por la corrupción fueron, quizás, bazas políticas negativas en un tiempo demasiado convulso y sucio. Se le ha calificado de patriota de lo grande y de lo chico. Su personaje es en este aspecto un referente para los tiempos en que escribo.

Dice su biógrafo José Miguel Caso, que Jovellanos “aprovecha el recorrido para informarse, conocer, criticar y ver todo lo que le interesa. De todos estos viajes de don Gaspar ha quedado constancia en el *Diario*. En él anota sistemáticamente todo lo visto y observado, con un estilo nervioso y rápido”²⁵. No puedo estar más de acuerdo. Su escritura no parece la pausada y de frases largas del siglo XVIII: es rápida, impresionista, con pinceladas rápidas, enormemente moderna y atractiva. Menéndez Pelayo, el azote de los ilustrados, dice de su prosa que es la mejor del siglo XVIII, aunque su poesía fuera mediocre.

Otro aspecto de los viajes es su rapidez. No perdía el tiempo. Se levantaba muy de mañana, visitaba lugares, se entrevistaba con los paisanos que le programaban salidas “provechosas”, asistía a tertulias, cenaba, le preparaban audiciones musicales privadas... Jovellanos tenía una red de contactos ilustrados muy tupida en la provincia. Era miembro de la Sociedad de Amigos Matritense y tuvo mucha relación con la Bascongada, a la que puso como ejemplo de sociedad económica. Ideó mandar a los chicos del Instituto Asturiano al Seminario de Bergara antes de sus posibles viajes al extranjero. En Bergara tiene una segunda casa, busca la conversación con nuestros ilustrados eminentes como Samaniego o Foronda y acude a las casas de nuestros Amigos.

Ya dice Caso que anotaba “todo lo visto y observado”; en efecto, no se le escapa nada; particular interés tiene sus apreciaciones sobre los monumentos artísticos. Pero todo no puede ser aquí recogido.

(24) FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Jovellanos, el patriota*. Espasa. Madrid. 2001, pp. 22-36.

(25) CASO GONZÁLEZ, José Miguel: *Jovellanos*. Ariel Historia. Barcelona. 1998, pp. 143-144.

2.2. La mirada de Jovellanos

Otros autores han destacado los aspectos más metalúrgicos²⁶ o más generales. Me voy a ceñir aquí a la percepción de Jovellanos del mundo agrario, con pinceladas sobre sus impresiones respecto a lo popular.

Tras su estancia en Eibar, y haberse empapado de la metalurgia armera de la zona y de los negocios como intermediaria de la Compañía de Filipinas, en Elgoibar mira hacia arriba y ve los caseríos del Deba medio colgados en las montañas y apunta: “Hemos visto el cultivo hasta en las alturas, porque no hay un palmo de tierra en que hacerle: mucho arbolado también, joven, bien cuidado y hasta en las cimas. En esto gana a la Vizcaya”²⁷.



Jovellanos retratado por Goya en 1798.

Jovellanos cabalga sobre un caballo y señala camino de Errezil: “calzadas pésimas”. No le faltaría razón. También se queja del hospedaje en el Deba: “todo falta, pero hay dos conventos de monjas”, señala con deje volteriano.

Pero a pesar de los pesares, sigue mirando hacia arriba de camino entre Azpeitia y Tolosa y vuelve a señalar:

“Todas las alturas plantadas con el mayor esmero: un palmo no huelga; desde aquí se ven muchas hayas; los robles se fradan²⁸ desde jóvenes; por eso crecen poco, y se acopan muy uniformemente; los plantan

(26) LARRAÑAGA, Ramiro: *La visita de Jovellanos a Eibar*. Escrito en borrador que se encuentra en Koldo Mitxelena Kulturunea. C-589 F-32.

Larrañaga lo compone en mayo de 1980 para algún programa festivo y entre paréntesis señala “de la R. Sdad. Bascongada de los Amigos del País.

(27) JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Diarios (Memorias íntimas) 1790-1801*. Imprenta de los Sucesores de Hernando. Madrid. 1915, p. 26.

(28) “Fradar” es “podar” en bable.

muy juntos, y por eso los que se dejan ir arriba no engruesan. No son ni tan grandes, ni tan robustos, ni tan bellos y sublimes como los de Asturias; el terreno debe ser poco fértil, porque en cuanto a cultivo no hay que apeteer: todo maíz, alternando con tierra de nabos. En todas las caserías de labradores, que son más grandes que en Asturias, Galicia y Montaña, estaban majando o espadando lino: prueba de que se siembra en cada suerte; algunos vimos recién nacido. El trigo va alternando: el orden parece que es maíz, trigos, nabos, maíz, etc.”²⁹.

De esta impresión pasajera, de esta mirada panorámica hacia las faldas del Hernio, nuestro viajero ha extraído lo fundamental del caserío, pues además se ha informado (“parece que...”): la rotación tradicional (trigo-nabo-maíz); la importancia en la época del lino como materia prima para la confección del arreo femenino; la rotundidad constructiva de los caseríos; el esmero en la plantación de hayas y robles; el desmochado de estos últimos y, un detalle: “los plantan muy juntos”. Una auténtica controversia para plantar los árboles más espaciosamente se baraja entre los técnicos de la época, pero que no había manera; de ahí la consecuencia: “no son ni tan grandes, ni tan robustos, ni tan bellos y sublimes como los de Asturias”.

Bajando al Oria, pregunta por Samaniego en Tolosa, pero como no se encontraba en Yurreamendi, decide seguir y charlar con él a la vuelta. Sin embargo, camino a Villabona vuelve a informarse, en este caso sobre la manzana, que también es una fruta estimadísima en Asturias, y anota: “alguna manzana, que suele regularse en la provincia en 36.000 cargas de sidra, año bueno; este es escaso; en tiempo de abundancia a cuatro cuartos cuartillo; en el escaso, según lo fuere, sube; ninguna viña; ningún prado; nabos y maíz, y nada más”³⁰.

En tres líneas nos ha informado sobre la producción, los precios y los ingresos de los colonos. Además, nos da detalles inestimables como que no veía viñas, un cultivo que había tenido en la provincia, incluso en el interior, un pasado mucho más glorioso. Otro detalle que nos puede parecer raro es la ausencia de prados: “ningún prado”. Efectivamente, Jovellanos está describiendo una Gipuzkoa cerealista y sidrera. Y recordemos que entre manzano y manzano se araba y cultivaba. No hay vacas en sus descripciones y no porque no estuviera atento: es que eran escasas y para lo que servían era fundamentalmente para la yunta. La carne era escasa y la leche más. Eso vendría a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

(29) *Ibidem*, p. 27.

(30) *Ibidem*, p. 28.

Así pues, Jovellanos nos describe una Gipuzkoa casi desconocida agrícolamente: con lino, con trigo, sin prados, sin vacas pastando... ¡Y luego dirán que el caserío ha permanecido sin alteración por los siglos de los siglos! Amén.

Pernoctó en Hernani y pasó un par de días en San Sebastián, en casa de Montehermoso. El marqués de Montehermoso era el segundo director de la Bascongada (1795-1798), nombrado tras la muerte del conde de Peñafloreda. José María Aguirre Ortés de Velasco, V marqués de Montehermoso, era un teniente general de origen vitoriano que en estos años era la máxima autoridad militar de Gipuzkoa y de la plaza de San Sebastián. De nuevo, la Bascongada y Jovellanos. Se acabaron las malas posadas, en casa de Montehermoso comió, cenó, charló, durmió, escuchó al piano a Ortuño Aguirre tocar “con gusto y destreza”... Toda una delicia.

Desde esta base visita San Sebastián con buenas compañías, y con Miguel Lardizábal y Joaquín Juní viaja hasta Pasaia, Lezo y Erreñerria. Le interesa especialmente la Fanderia de Iranda en esta villa, a la que describe con detalle. Y apunta un detalle que tiene largo recorrido: “Se consume el carbón de piedra inglés, comprado a doce o trece reales quintal macho en el puerto. Dicen que el de Asturias tiene muchos azufres; que es menos activo; que se consume luego”. Una premonición para la siderurgia vasca del siglo XIX y su dependencia con respecto al carbón británico. También se entrevista con Zuaznabar, contador de la Compañía de Filipinas. Hace calor, “mayor en la calzada; insufrible en el arenal”.

Por fin, el 25 de agosto refresca y se despierta con sirimiri. En San Sebastián conoce a la marquesa D’Angos, una “mujer hábil, feísima, muy amanerada (...) de carácter orgulloso”. Era una refugiada: su marido era diputado realista de la Asamblea Nacional. Jovellanos se tuvo que empapar en San Sebastián de las noticias que llegaban de la Francia revolucionaria.

Pero entre tanta visita a los nobles y a los monumentos artísticos, visita las fortificaciones de la ciudad y allá se fija en un problema de San Sebastián: el agua. En las fortificaciones había pozo para beber y regar, y se encuentra con una casa de madera con despensa, “reservatorio” para semillas, escritorio y en un foso de Urgull, señala “hay gallinero, palomar, caballeriza, vacas, fábrica de buena manteca de ellas, prado natural y artificial, hortaliza, flores, frutas, etc.”. Mira por dónde esta maravilla agraria en una fortificación militar del corazón de la ciudad. Por lo que se ve, aquí sí habían entrado los principios agronómicos dieciochescos. En el anterior *Boletín* ya comenté cómo entre los fosos del castillo de Hondarribia su comandante, el *urretxuarra* Juan Carlos Areizaga se empeñaba sembrando e introduciendo la patata en la provincia.

El 26 de agosto, tras el desayuno con Montehermoso, sale por la puerta de tierra y se dirige a Hernani. En el camino por la *goiko galtzara* que subía a Aiete, con el caballo cojo, visita “a Mr. Cabarrús en su quinta”. Seguramente, un pariente del banquero bayonés Francisco Cabarrús (1752-1810), su amigo, por cuya defensa había sido defenestrado de la Corte. No es de extrañar que diga “debió él verme” y “por eso él vi yo” (sic). Lo describe de forma antológica: “buen hombre; buena mujer; seis hijas feas, bien criadas; su hijo empleado en la Compañía de Filipinas”. También visitó a los marqueses de Rocaverde (“pudieron estar más expresivos”). Le sacaron el clavo al caballo y con este cojo sigue a Hernani y de allá a Tolosa.

Hace noche en Tolosa, pero antes sube a Yurreamendi (él lo llama “Juramendi”) a cenar con otro personaje importante para la Bascongada: Félix M^a de Samaniego (1745-1801), entre otras muchas cosas, señor de Yurreamendi, Amigo de la Bascongada y colaborador activo de ella. Jovellanos disfruta de la cena y de los textos que le lee el fabulista, que le invita a pernoctar. Jovellanos tiene un plan rígido y duro. Le da pena bajar a Tolosa, pero al día siguiente sale a las seis de la mañana hacia Bergara.

Es sábado y hay mercado en Tolosa, los caseros afluyen al mercado y hace un retrato impagable.

“Todo este camino estaba lleno de gentes que iban al mercado de Tolosa con comestibles; los hombres visten camisa bien limpia, calzón de lienzo o paño, justillo atacado sin mangas, de bayeta o de estameña; una chamarreta con ellas al hombro o en el carro y nunca puesta; albarcas o alpargatas, con peales de márraga negra, con listas blancas o al contrario, que vueltas en espiral y atadas con correas hasta cerca de la rodilla, hacen buena vista. En la cabeza sombrero o montera achatada en lo alto (más atrás vimos algunos con gorra flamenca, tejida, resto de los antiguos bonetes). Las mujeres, con justillo; en mangas de camisa; medio pañuelo al pecho (que es por lo común escaso); saya de bayeta o lienzo pintado, mandil de esto o de telilla de Bearne negra y encarnada, a cuadros, de graciosa vista; en la cabeza, pañuelo blanco extrañamente atado. Son de regular estatura; algunas muy altas, ágiles y limpias, aunque no me parece serlo tanto como las vizcaínas. Las casas de los labradores son harto grandes: el piso inferior sirve para los ganados, el principal para las personas, el alto o desván para guardar los frutos; alguna vez tienen otro más para res, pichones o gallinas, según creo. Sigue el camino, con el río a la izquierda; más allá alturas; vega bien cultivada a la derecha, cercada también de alturas, y estas bien plantadas”³¹.

(31) *Ibidem*, p. 30.

Vuelve a ser un retrato muy positivo del mundo agrario, en este caso del elemento humano. Incluso, excesivo. Como ya sabemos los caseros iban al mercado con lo mejor, no de cualquier manera. Destacamos esa “gorra flamenca” que cita ¿Será la preboina del país? Respecto al comentario sobre las mujeres y su comparación con las vizcaínas, ya desde Eibar apunta lo mismo, que “no aparecen tan aseadas ni sueltas ni graciosas como las vizcaínas”. El apunte descriptivo sobre los caseríos, tan lujoso, fue desmentido en sus tertulias de Bergara. Barroeta le dijo que aquellos caseríos eran de pequeños propietarios, pues la inmensa mayoría eran colonos y no tenían “más que casa de un piso”. Lili contradujo al anterior y Jovellanos apunta: “mañana continuaré con mis observaciones sobre esto, que importa mucho”.

Camino de Bergara pasa por el alto actualmente llamado de Descarga, y vuelve a cargar contra los caminos: “malísimamente tomado y construido (...) cuesta prolongadísima y áspera”. Pasa por Antzuola en donde destaca el trabajo de la lana, de las “márragas o estameñas gruesas”.

En Bergara le esperan sus amigos ilustrados. Está en casa. “Grandes casas”, dice. En el Seminario están de vacaciones y Foronda está ausente. Tiene larga tertulia con los Lili, Gaytán de Ayala, Barroeta, Eulate... “Se habló mucho de Agricultura”, apunta. Asistió a un concierto de música y estuvo viendo cómo jugaban a pelota.

Tocaba salir de Gipuzkoa: “gran cuesta” en Salinas. Deja la provincia y avista Álava: “Bajada la cuesta y entrando en Álava, todo es distinto: tierra más llana, más árida, más rasa y batida por los vientos, y por lo mismo menos cultivada y peor; más adelante es un remedo de Castilla”³².

A Jovellanos le gustaban mucho los monumentos y el arte. A su descripción y crítica le dedica más que cualquier otro aspecto. Su gusto estético es el de su época: el neoclásico, aborreciendo de los excesos del barroco que le precedió. De Loiola dice en su primer viaje que es “obra de carácter grandioso, de gusto un poco pesado”. De la portada, que “es de feísima arquitectura”; del tabernáculo, “cosa vistosísima, pero de poco mérito y menos gusto”. Solo alabó sus mármoles. En su segunda visita todavía empeoró más su mirada: “mezquino gusto”; y por la cúpula: “la enorme y media naranja y cúpula humillan todo el frontispicio”. No se quedaron solo en Loiola sus dardos, en la iglesia de Santa María del Coro ataca quizás la mejor portada rococó de España con esta destemplanza: “pésima arquitectura en la portada”; sin embargo, le

(32) *Ibidem*, p. 30.

gusta el trabajo que hizo “D. Ventura” (Rodríguez), íntimo amigo suyo y con el que compartía gustos neoclásicos.

A Jovellanos le gustaba el gótico vasco, llamado de salón; en especial, sus “columnas colosales”. Las iglesias, como catedrales. Así lo señala al visitar San Telmo y su claustro: “sin esculturas, y tanto mejor”. Y, mientras tanto, del Santo Cristo de Lezo, “nada bueno”, sostiene. Otra visión le ilumina en la parroquia de Errenteria: “buena arquitectura y grande, según el gusto de esta tierra”. Como vemos, sus ojos y su pluma le daban para todo.

Este gusto por el gótico se vio refrescado cuando en su prisión-estancia en Mallorca volvió a degustar y a valorar el gótico, en este caso mallorquín, del cual hizo un estudio profundo.

Su segundo viaje, el de septiembre de 1797, fue mucho más corto. Estuvo cinco días visitando el Deba y el Urola medio y, después, una semana en Bilbao. Entró el día de San Martín de Aguirre, 11 de septiembre, desde Álava por Salinas y con un viento sur imponente. Bergara vuelve a ser su base de operaciones, allá estaban sus viejos amigos ilustrados que le agasajaban: los Lardizábal, los Gaytan de Ayala... Las viejas familias *jauntxas*: “comida abundante y fina”.

En Bergara se solaza viendo la fiesta del discutido San Martín. Jovellanos, antitaurino radical y favorable a su prohibición, acababa de ultimar un viejo trabajo que ahora, en 1796, toma forma definitiva en su *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y sobre su origen en España*, en donde aboga por las fiestas y el esparcimiento populares como formas para llegar a la libertad, a la prosperidad y a la felicidad de las personas: “el pueblo que trabaja (...) no necesita que el gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse”, señala en su *Memoria* y, hete, que eso lo que ve en la plaza de Bergara:

“todo el pueblo rebosa en alegría; hay fiesta de San Martín y baile público en la plaza. ¡Qué bulla! ¡Qué alegría! Su vista me llena de placer; el pito y tamboril, los gritos de regocijo y fiesta, los cohetes, la zambra y la inocente gresca que se ve y se oye por todas partes, penetran al corazón más insensible. Dichoso yo si lograrse trasladar esta sencilla institución a mi país”.

Jovellanos conocía el país y su lengua, el euskara, es por ello que no muestra la sorpresa, la curiosidad y la admiración de otros viajeros extraños al país. Además, él tenía una sensibilidad especial a través de sus estudios y publicaciones con respecto al asturiano. En este viaje formula un deseo a sus

Amigos ilustrados: “¡Qué lástima que no se cultive esta lengua, para averiguar sus orígenes!”.

Desde su viaje anterior en 1791 habían sucedido muchas cosas. Las tropas de la Convención habían ocupado el país (1793-1795) y, tras la Paz de Basilea, se habían retirado. El Seminario Bascongado estaba cerrado; muchas casas de Eibar, y entre ellas la de su amigo Bustinduy, incendiadas por los franceses, lo mismo que Ermua. En esos días llegan las noticias del golpe de estado del 18 Fructidor por el que el Directorio borró de la Asamblea a los monárquicos. Jovellanos debió pensar como Ortega cuando por los excesos de la II República dijo el “no es esto, no es esto”. Él quería reformas profundas, pero ordenadas, sin revolución y sin sangre.

En este segundo viaje lo que le movió fue ver las ferrerías que tanto le interesaban para sus planes industriales y su Instituto. Así, visita las del marqués de Narros, las del de San Millán y las del duque de Granada de Ega. Pasa revista a más de una decena. No es este el sitio para sus descripciones y sus intereses metalúrgicos.

En Iraeta, se encuentra en su palacio con Granada de Ega y sale el mejor Jovellanos, el reformista en estado puro:

“le aconsejo que se venga aquí los veranos; que vea y sea visto de sus colonos; que los socorra; que inspire a su hijo los mismos sentimientos; que aquí será verdaderamente un señor. Indico el mal de las provincias de la ausencia de los propietarios; la consecuencia del lujo; la esclavitud de la Corte”.

Toda una declaración y un deseo para la nobleza del país y una crítica encubierta de su modo de vivir y su desdén por sus responsabilidades.

Se aloja en casa de los Lili, en Zestoa, en otro palacio amigo: “recibimiento amigable”, “conversación y cena agradable”. Le ponen chipirones: “estaban excelentes”, clama el asturiano.

Abandona Gipuzkoa, en esta ocasión apenas ha tenido tiempo de tomar el pulso agrario, pero sigue observando: “bellos montes, muy bien cuidados”. En Bizkaia le esperan arduas jornadas, tertulias y entrevistas cuyo interés mayor es conocer todo lo relativo al funcionamiento de las minas y su explotación económica. Señala camino de Durango: “plantíos, ni tantos ni tan buenos como en Guipúzcoa”.

En octubre es propuesto, para su disgusto, como embajador en San Petersburgo. Lo rechaza. Godoy cede y a principios de noviembre es

nombrado ministro de Gracia y Justicia. Confiesa a su diario el 13 de noviembre de 1797:

“¡Adiós felicidad, adiós quietud para siempre! Empieza la bulla, la venida de amigos y la de los que quieren parecerlo; gritos, abrazos, mientras yo, abatido, voy a entrar a una carrera difícil, turbulenta, peligrosa. Mi consuelo, la esperanza de comprar con ella la restauración del dulce retiro en que escribo esto; haré el bien, evitaré el mal que pueda. ¡Dichoso yo si vuelvo inocente, dichoso si conservo el amor y opinión del público, que pude ganar en la vida obscura y privada!”.

Toda una declaración de principios de un hombre bueno que nos pone carne de gallina dos siglos más tarde.

3. La mirada erudita de Humboldt

Wilhelm von Humboldt es un intelectual de primera fila, es un hombre de aquella pléyade germana que se mueve entre el clasicista siglo XVIII y el romántico XIX. Se trata de una de esas figuras que nos hace palidecer ante su altura científica. Todos parecemos tontos y bajitos ante su estatura intelectual.

Su entorno es también apabullante. Su hermano Alexander es otro gigante, aquel de las ciencias naturales. Sus amigos íntimos, con los que se carteaba periódicamente, fueron Schiller, Goethe y otros. Formaron un “club” conocido como la Weimar clásica, allá en la para nosotros



Wilhelm von Humboldt.

lejana Turingia. Lo propio podemos decir de tantos filósofos, científicos, escritores, músicos, artistas... que elevaron la *Kultur* alemana al cénit de la cultura occidental. Todos ellos, de una u otra forma, seguidores de Immanuel Kant. Con ellos Prusia y lo prusiano se manifestó como un conjunto de virtudes ligados al luteranismo y a la Ilustración que han formado el espinazo de la cultura alemana clásica, tan admirada y temida por todos sus vecinos.

La erudición en Humboldt no es algo propio de sabihondos ni algo bizantino o circunstancial. Es una mirada de análisis y a su vez totalizadora de su forma de ver las cosas, siempre partiendo de la lengua. Sus intentos comprensivos del conocimiento a partir de la etimología de las palabras, integrando elementos históricos, del folklore, de las costumbres, de la cultura, en definitiva, para componer un todo sustantivo de un pueblo, de su psicología, de su esencia pueden parecernos excesivos en nuestros días. La trascendencia que otorga al lenguaje como conformador del pensamiento puede parecernos como algo determinista y alejado de nuestro presente. De todas formas, Humboldt junto Herder y otros pensadores alemanes contribuyeron a formar esa visión alemana de la nación emanada del *Volkgeist*, término que nunca utilizó Humboldt pero que ha creado escuela.

3.1. Wilhelm von Humboldt (1767-1835)

Nuestro personaje³³ nació en Postdam, en el corazón de la Prusia levantada por Federico II el Grande (1712-1786). Su familia paterna provenía de una casa burguesa de Pomerania que había hecho carrera en el ejército. Su abuelo había recibido del rey el título de barón, rango que heredaría su nieto Wilhelm. Su padre también fue militar y hombre muy cercano a la corte prusiana de Postdam. Su madre era una rica viuda de origen hugonote que aportó al matrimonio el palacio de Tegel, cercano a Berlín, junto a sus amplias propiedades circundantes. Tegel será el retiro de Wilhelm y su morada definitiva tras su muerte en 1835.

Wilhelm junto con su hermano menor Alexander (1769-1859) recibieron una educación y un entorno cultural de primer orden, bien en invierno en Berlín bien en verano en Tegel. Profesores de renombre fueron contratados por sus padres para darles un educación heurística. Su padre murió cuando contaba 12 años y su madre se dedicó en cuerpo y alma a la educación de los hermanos Humboldt. Con 13 años Wilhelm ya hablaba griego, latín y francés con fluidez.

Su madre pensaba orientarlo al servicio al Estado. Es por esta razón que sus estudios universitarios se orientaron al Derecho. Estudió primeramente en la Universidad de Frankfurt del Oder y luego en Gotinga. Aquí conoció a Metternich y se convirtió en el mejor alumno de Griego del profesor Hayne.

(33) TOLEDO Y UGARTE, Juan-Domingo: “Wilhelm von Humboldt: el hombre, el humanista, el político, el científico”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Eusko Ikaskuntza. Oñati. 1995. pp. 419-430.

Asimismo, empezó a desviarse hacia otras disciplinas como la Historia, la Filosofía y las lenguas antiguas. Su filohelenismo va a ser una pasión vital y un eje de su vida intelectual.

En 1788 conoce a su futura esposa Caroline von Dacheröden, hija de un alto funcionario del Estado y una perfecta compañera, cómplice para sus inquietudes intelectuales y viajeras. Humboldt conoce en el París del verano de 1789 la Revolución de primera mano. Ese mismo año se empieza a relacionar, junto a su prometida, con el círculo de Weimar que se movía en torno a Schiller y Goethe. Este último bautizó a los hermanos Humboldt como los *Dióskuros*.



Schiller, W. Humboldt, A. Humboldt y Goethe
(de izquierda a derecha).

En 1790 entra a trabajar para el Estado por dos vías: por la de la justicia y por la del servicio diplomático. Wilhelm y Carolina se casan en 1791 y se establecen en la hacienda de los Dacheröden en Turingia. Allí comienza una vida conyugal rica en familia, estudio y trabajo. Tras la muerte de su madre en 1796, se queda con sus bienes raíces, con Tegel, por lo que puede llevar una vida independiente económicamente.

A partir de 1797 la familia Humboldt va a residir en París durante cinco años. Es desde aquí desde donde parte a España en 1799 y luego solo al País Vasco en 1801. Sería su *Bildungreise*, el viaje de formación que emprendían los sabios prusianos. Ya en París se había puesto a estudiar castellano. Además su hermano Alexander ya había visitado España y se había ido a América a profundizar sus investigaciones como naturalista. Por otro lado, la Italia de 1799, a donde quería preferentemente viajar, había quedado cerrada a causa de las guerras napoleónicas. Todas estas razones le mueven a viajar a España, un destino todavía raro a fines del siglo XVIII. El viaje se prolonga por algo más de medio año. Viaja junto a su esposa embarazada y sus tres hijos con el

preceptor Gropius y, se supone, algo de servicio por una España de caminos imposibles.

Su primer viaje es de paso, en trece días atraviesa la mitad de la península, de Hendaya a El Escorial, en donde se demora y conoce al rey Carlos IV y a su familia³⁴. En Madrid permanece cierto tiempo, luego se queda dos meses en el sur y vuelve por el levante: Murcia, Valencia y Cataluña. Llega a París el 18 de abril de 1800.

Durante este primer viaje visita Bergara, en donde se informa a conciencia del funcionamiento del Real Seminario, y en Vitoria se entrevista con Lorenzo Prestamero y otros amigos de la Bascongada: Montehermoso, el marqués de la Alameda..., visitando la propia casa de la Bascongada. Pero de estas charlas lo que le llama la atención es el euskara: en dónde se habla, la predicación en las iglesias, las canciones que canturrea el postillón... Asimismo, es ganado por el paisaje atlántico vasco.

Su imagen de España es, sin embargo, muy negativa. No llega con las ensoñaciones con las que van a venir los viajeros románticos. Todo es malo: la suciedad, la pereza, el aspecto rudo y primitivo de las gentes, su ignorancia, la gastronomía, la poca belleza de sus mujeres... Humboldt es un hombre de la élite, un intelectual racionalista e ilustrado que procede del Berlín neoclásico y que viene de la bella París. Solo el País Vasco y Cataluña escapan a su fiera pluma. Sus apreciaciones del primer viaje quedan semirredactadas en el verano de 1800 y una de sus fuentes es la *Introducción a la Historia Natural* de Bowles.

A su vuelta a París le tienta el vascuence. Una lengua primitiva en Europa. Le vienen a la mente las etimologías de Prestamero, se informa sobre la obra de Larramendi, Oienhart, Astarloa... Estudia, se crea su propio diccionario. Establece sus contactos. Se lanza a un segundo viaje, solo, y solamente al País Vasco. Le acompaña Guillaume Bokelmann, un comerciante hamburgués que iba a Cádiz. Permanece en el país mes y medio: desde fines de abril a principios de mayo de 1801.

(34) Su comentario del besamanos es el siguiente: “El rey es muy corpulento y parece un capataz de forestales prusianos, vigoroso, noble y brusco. Es alto y fuerte. La reina parece más formada, pero es horriblemente fea”.

HUMBOLDT, Wilhelm von: *Diario de viaje a España. 1799-1800*. Cátedra. Madrid. 1998. p. 80.

En este viaje volvió a estar con Prestamero en Vitoria, y en Markina se encontró con Murga³⁵, Moguel y Urquiza. En Durango paseó, charló y conoció de primera mano las investigaciones de Astarloa. W. Webster decía que Humboldt tenía un buen conocimiento del euskara: “*le prince L.L. Bonaparte m’écrivait une fois que Humboldt savait le basque beaucoup mieux que la plupart des personnes qui voudraient en faire la critique*”³⁶. En una carta escrita al Dr. Ducos de San Juan de Luz le despide con: “*Bihotz erditic çure serbitzari eta adiskide eguiazcoa*”.

A partir de este segundo viaje, comienza un trabajo sobre el País Vasco (*Esquisses sur le Pays basque*) y sus varias investigaciones lingüísticas sobre el euskara que se van a interrumpir continuamente y que van a ir publicándose a cuentagotas hasta 1821. Su idea de componer una obra magna sobre el país, de cuatro tomos, que incluyera las notas de sus viajes, una gramática, un diccionario y un estudio de la singularidad vasca partiendo del idioma y de su etimología se quedó en el aire. Sus muchos trabajos e investigaciones se entrecruzaron.

Sus escritos fueron traducidos nada menos que por Telesforo Aranzadi y su primo Miguel de Unamuno. Justo Gárate convirtió a Humboldt y a su obra en un eje de sus investigaciones. Autores más modernos como Joxe Azurmendi³⁷ o Iñaki Zabaleta Gorrotxategi³⁸ han profundizado sobre su pensamiento metafísico en torno a la lengua y sobre sus teorías educativas.

Seguramente, fue el primero de los vascófilos extranjeros, aunque se adhirió a una idea que venía de lejos: el vascoiberismo. Los vascos serían los últimos representantes de la Iberia precéltica. Este vascoiberismo de corte científico cae según Farinelli en algunas “*enfantillages*” a las que le habrían llevado Astarloa o Erro. Quizás, él también fue arrastrado por la dogmática romántica de rasgos místicos de F. Schegel.

(35) VERÁSTEGUI, Federico: “La RSBAP, W. Von Humboldt y José María Murga. Una aproximación de la psicología a la historiografía política”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Eusko Ikaskuntza. Oñati. 1995. pp. 511-528.

(36) FARINELLI, Arturo: *Guillaume de Humboldt et l’Espagne*. Fratelli Bocca, Editori. Torino. 1924, pp. 207-221.

(37) AZURMENDI, Joxe: *Humboldt: hizkuntza eta pentsamendua*. Udako Euskal Unibertsitatea. Bilbo. 2007.

(38) ZABALETA GORROTXATEGI, Iñaki: *Wilhelm von Humboldt: hizkuntza eta hezkuntza*. Jakin. Donostia. 2005.

Sin embargo, todas sus investigaciones y pensamientos sobre el tema vasco fueron tratados por sus muchos quehaceres. Humboldt se nos manifiesta a comienzos del siglo XIX como un diplomático y político de altura. De 1802 a 1808 estuvo como embajador de Prusia en Roma. Italia era un reflejo de su amada Grecia, su continuadora. Su estancia en Italia, la que pretendió en 1799, fue enormemente provechosa.

Europa vive las guerras napoleónicas. Prusia es derrotada y humillada por Francia. Su propio palacio de Tegel es saqueado y el país ocupado. Tras la ruinosa paz de Tilsit (1807) se vio que Prusia necesitaba reformas. La reforma educativa estaba en la raíz de todas ellas. Humboldt es llamado en 1809 como responsable del Culto, es decir mayormente de Educación. Comienzan sus reformas con una enseñanza a tres niveles (escuela, instituto y universidad) y la aplicación de su ideario en cuya base se hallaba su base helénica. Va a permanecer año y medio en el gobierno. Uno de sus frutos va ser la creación de la Universidad de Berlín que hoy lleva su nombre.

En 1810 vuelve a la diplomacia como embajador en Viena. Allí permanece varios años. Humboldt participa desde aquel puesto privilegiado en la construcción de las bases de la Europa posnapoleónica, aunque sus ideas liberales no tienen cabida en el panorama de la Restauración. Igualmente, toma parte en las negociaciones territoriales abiertas con la creación de la Confederación Germánica. Es un testigo de hechos históricos mayúsculos.

Tras unos años de embajador en Londres en 1819 entra en el gobierno como miembro de la Comisión Constitucional y ministro de Asuntos Estamentarios. A finales de ese año dimite de sus cargos gubernamentales, pues sus ideas no encontraban acomodo ni ante el rey ni ante el primer ministro Hardenberg.

Humboldt tiene 52 años y se retira a su palacio de Tegel, dejando a un lado su servicio al Estado, salvo su participación dentro del Consejo de Estado. Tiene mucho trabajo por hacer, sus investigaciones largo tiempo arrinconadas le esperan. Asimismo, remodela Tegel siguiendo el estilo clasicista al que se sentía tan próximo.

La muerte acecha. En 1803 había muerto su primogénito, en 1829 muere Carolina, en 1832 fallece su amigo Goethe. Wilhelm sufre de Parkinson y fallece en 1835.

3.2. La mirada de Humboldt

Aparte de su percepción lingüística, lo que más ha llamado de vista a los estudiosos vascos ha sido su utilización del término “nación”. No era ninguna novedad, pero debió sorprender a su traductor Unamuno. En un sentido cultural ya lo había usado en sus *Estatutos* la Bascongada para referirse a las tres provincias como “Nación bascongada” Incluso, el propio Larramendi había ido más lejos al referirse a Gipuzkoa como “nacioncita”³⁹.



Wilhelm von Humboldt.

Sin embargo, Agirreazkuenaga ve en su término “nación” no solo la acepción cultural, “un hecho objetivo e irrefutable”⁴⁰, sino también “el descubrimiento de la nación política” en el caso de los vizcaínos, denominación que engloba a los habitantes de las tres provincias. Frente a ellos, los vascos (acepción que Humboldt da a los vascofranceses) formarían ya por la época una entidad inerte en la masa de la nación francesa.

Humboldt introduce otro término de largo recorrido: “la raza”, categoría no en el sentido estrecho de posteriores interpretaciones, sino utilizada desde una visión ilustrada y universalista⁴¹. Asimismo, reproduce el mito de

(39) En este tono menor, cariñoso, que al parecer genera Gipuzkoa sorprende el apelativo de Humboldt: “tierrecita Guipúzcoa”.

(40) AGIRREAZKUENAGA ZIGORRAGA, Joseba: “El descubrimiento de la nación política vasca por W. von Humboldt en 1801”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Eusko Ikaskuntza. Oñati. 1995, pp. 465-476.

(41) RUBIO POBES, Coro: “La imagen de los vascos en los viajeros europeos del siglo XIX”. *Oienhart*. N.º 18. San Sebastián. 2000, pp. 95-125.

la independencia secular que nutriera el de la ideología solariega y el de la limpieza de sangre.

Todos estos componentes le convierten en una figura muy querida por la literatura fuerista y por la nacionalista. Justo Gárate desde la introducción de su libro principal le trata como “nuestro gran amigo”⁴². Sin embargo, a pesar de sentirse a gusto en el país, Humboldt se cerciora de nuestro narcisismo. Sobre el alcalde de Getaria dice: “Tan solo me chocó cuán adherido estaba a su pueblo y cuán poco interés tenía por lo extraño y cuán poco sentido para lo individual”⁴³ ¿Es una crítica a tanto *tonto-harro*? No es mi objetivo ahondar en estos aspectos, pues han sido tratados profusamente.

Titulé mi tesis y su libro correspondiente “*Como un jardín*”. Esta misma idea aparece en todo el texto de Humboldt. Dice sobre el cultivo del maíz y su terreno: “la hace semejante a un jardín de flores”⁴⁴. Llega al país durante la *artajorra* (término que lo menciona) y se hace eco de las continuadas escardas, del cultivo con “cuidado y aliño”, y de sus asociaciones con alubias, zanahorias y otras hortalizas.

Arriba al Oria y ve con disgusto la deforestación ya rampante de la época, la “mirada cansada del árido brezal montaraz”, y se deleita descansando sus ojos con la “placentera mirada” sobre sus “fructíferas riberas”, cultivadas con “la asiduidad de los vascongados en el cultivo de su tierra”. Y remacha el ilustre prusiano: “con el cuidado con que entre nosotros se plantan flores, se labra aquí el campo para trigo y maíz”⁴⁵.

Transita por la costa y va de deleite en deleite, observando cómo “la inmensidad azul reverberaba a través del verde follaje de los viñedos, que cubren las laderas y colinas del monte, y a nuestros pies aparecían las pintorescas peñas de Guetaria”⁴⁶. Sube hacia “la isla de San Antón” e incluso allá encuentra una actividad agraria sorprendente: “en las laderas escarpadas trepan vacas, y a los bancales suben hombres y mujeres cestos, llenos de

(42) GÁRATE, Justo: *G. de Humboldt. Estudio de sus trabajos sobre Vasconia*. Imprenta Provincial. Bilbao. 1933.

(43) Lo dice en una carta enviada a su esposa Carolina, su “muy querida y muy amada Li”. Op. cit., p. 85.

(44) HUMBOLDT, Guillermo de: *Los vascos*. Ediciones vascas. Bilbao. 1979, pp. 221-222.

(45) *Ibidem*, p. 74.

(46) *Ibidem*, p. 77.

estécol, sobre la cabeza, por el sendero infinitamente dificultoso, en parte con escalones tallados en la peña⁴⁷. Y sigue hacia Deba a través de Itziar; por allá le sorprende un paisaje que habría encandilado a su hermano Alexander, “entre dos series de montes y rodeado de peñascos (...) transportado al medio de los Alpes o Pirineos”; sin embargo, “la desolada bravura se mitiga con la vista de amenas heredades y huertas, con la que la asiduidad de los habitantes ha coronado hasta las cumbres más empinadas”⁴⁸.

Este trabajo convierte a la “muy montañosa” “tierrecita Guipúzcoa” en “extraordinariamente fértil y la más poblada de todas” las provincias vascongadas, con una población que “sobrepaja aún a la de Suiza”, a pesar de no tener “ninguna parte ni una milla cuadrada completamente llana, no interrumpida por montes”⁴⁹. La naturaleza frente a la cultura, es decir, la agricultura.

Ya en su primer viaje apresurado definía a Gipuzkoa como “un país risueño y agradable. Es una continua sucesión de colinas y valles. (...) Las montañas están cubiertas de verde y los valles bien cultivados. Todo tiene el aspecto de un terreno montañoso y el ligero paso y la valiente y segura mirada de las gentes ponen de manifiesto el aspecto de un pueblo montañés”⁵⁰.

Este embelesamiento por el paisaje rural se traduce en una declaración sorprendente para nuestros días. San Sebastián se encuentra entre Igeldo (Mendiotza) y Ulía, limitada “por montes calvos y áridos”; la isla de Santa Clara tiene sus “orillas pobladas de matorral”, y en conjunto la vista es “pintoresca”, pero el paisaje es “por lo demás calvo y triste”. El “marco incomparable” sale malparado. Y prosigue remachando: “robada la vista completa y directa del mar por el monte, en que está el castillo, y rodeada en primer término por alturas calvas y trechos de arena, la ciudad de San Sebastián no tiene, como se ve, que pagarse de ninguna situación hermosa”⁵¹. Increíble para nuestros ojos y oídos, tan naturalizados por la Bella Easo.

Además, la ciudad tiene un “clima áspero”, con lluvias “en dos terceras partes del año” y tan persistentes que se le denomina con “un mote nada decoroso”: “el orinal del cielo”.

(47) *Ibidem*, p. 92.

(48) *Ibidem*, p. 93.

(49) *Ibidem*, p. 70.

(50) HUMBOLDT, Wilhelm von: *Diario de viaje a España*. 1799-1800. Cátedra. Madrid. 1998, pp. 50-51.

(51) HUMBOLDT, Guillermo de: *Los vascos...*, p. 66.

Humboldt fue testigo de la vieja San Sebastián, la anterior al incendio. Las “callejas” presentaban “un aspecto sombrío y triste”. Esta estrechez era magnificada por la altura de las casas y por sus balcones. Lo que más le gustó fue, según su gusto racionalista, “la figura regular de la plaza del mercado, todo en auténtico gusto español”. El propio San Telmo, tan estimado por Jovellanos, es visto como “un claustro gris gótico” que “un único gran ciprés en medio oscurece más”.

El puerto es pequeño; el comercio, “más insignificante que el de las otras ciudades marítimas españolas”; y “el mar tiene su orilla por todas partes enarenada. Sin embargo, y a una pequeña distancia se ve de nuevo matorral verde y campos labrados, y cierra el fondo una cadena de altas montañas navarras y vascongadas”.

Humboldt nos transmite una mirada y una posición respecto al paisaje diametralmente opuesta a la contemporánea. La mirada de la ciudad hacia el mar es pesimista, en cambio si se da la vuelta: “cuán agradablemente sorprendido queda uno (...) si se dirige la mirada solamente algo más lejos por la región (...) colinas boscosas y valles fértiles (...) escenas encantadoras de la naturaleza. Valles y montes se combinan aquí más agradablemente y se entrecruzan como en ninguna otra tierra⁵²”.

Su desdén por la ciudad es tal que asegura que no se detuvo “lo bastante para visitar siquiera todos los paseos más principales de la ciudad”. A pesar de ello siguió las orillas del Urumea, “el riachuelo que desemboca en el mar a oriente del castillo, yendo hacia Ernani (sic) hallé de nuevo el carácter deleitoso de las regiones vascongadas (...) por la arrobadora variación de pintorescas masas de naturaleza”.

Ciertamente, los donostiarras no le hubieran otorgado su tanpreciado tambor. Sin embargo, detrás de su mirada, además de la deforestación del *skyline* donostiarra, está el aprecio que sintió por la contemplación del paisaje rural y del bosque de sus alrededores.

Humboldt es, como los otros dos viajeros ilustrados, un defensor del modo de habitación y explotación del caserío. El poblamiento disperso y la casa cercana a los predios serían elementos enormemente positivos no solo económicamente, sino también psicológicamente. El caserío vasco sería un ejemplo para la regeneración de la vida rural española:

(52) *Ibidem*, p. 72.

“El hombre no solo ha de tener una propiedad; ha de habitar también aislado y, donde sea posible, solitario y cerca de la naturaleza, si debe desarrollarse en él un sentimiento de independencia y fortaleza. Que el pueblo campesino, como es el caso en tantas provincias de España, no habite en aldeas, sino en ciudades y villas, es también seguramente perjudicial para el carácter”⁵³.

Una actitud sorprendente es su curiosidad por la descripción de los aperos de labranza. Reconoce que “la gran dificultad que tiene que vencer la labranza en el País Vasco es la dureza y rigidez del suelo”. Este problema se resuelve a través de un trabajo incesante, labrándolo “muchas veces consecutivas” y con “aperos completamente peculiares”.

Como Bowles, describe con detalle el layado. No lo vamos a repetir. Y de su trabajo deduce vendría la expresión “son de una misma laya”. Igualmente, describe el *nabasaia* (nombre vizcaíno para la *lauortza*), *burdinarea* (para la *bostortza*), *area*, *mazuba*...

Todos estos nombres los emplea en su sentido etimológico para buscar un sentido histórico del primitivo idioma y de la psicología del pueblo. Tras disquisiciones sobre la trascendencia del arado y las ringleras que deja en el paisaje, se lanza a sus derivadas lingüísticas en diferentes idiomas. Para él de la acepción vasca “*areatu*” (labrar), al igual que en otros idiomas, derivarían algunos de los nombres de los aperos mencionados. No se contenta con tan poco. Pone el acento sobre *aria* (hilo), *araua* (regla) o *artua* (maíz) que también derivarían de la acción de arar y de los surcos lineales que deja aquella labor. Todos estos términos tendrían en su núcleo la raíz “*ar*”.

Es un ejemplo solamente de su particular método lingüístico y de su mirada analítica y erudita.

Pero Humboldt mira también el modo social en que conviven los labradores. Se fija en el improbable trabajo de las mujeres: “En ninguna parte he visto como aquí tantos trabajos y tan penosos ejecutados por mujeres. En la parte española labran frecuentemente, inclinadas sobre la agria laya”⁵⁴. El contrapunto lo pone, de nuevo, Castilla en donde las mujeres “pasan una vida casi en absoluto ociosa e inactiva”. Acude a comer a un caserío en Marquina y la mujer permanece de pie, después de haber preparado la comida para su marido, sus hijos y los criados. En otro caserío eran las hijas las que portaban los pesados sacos de harina desde el molino a casa. En otro aspecto, la pintura que

(53) *Ibidem*, p. 147.

(54) *Ibidem*, p. 26.

hace de las mujeres en el puerto de Bilbao es antológica, pero ha sido recogida en muchos trabajos⁵⁵. Las bateleras de Pasaia y sus vicisitudes son también cosa sabida y manida.

Humboldt se da perfectamente cuenta del hoy llamado “campesino poliaactivo”. El casero poseía heredades tan pequeñas que en muchos casos debía de complementar sus ingresos con lo procedente de otros trabajos: “como los patrimonios son pequeños, su cultivo solo ocupa al labrador, a pesar del múltiple trabajo, una parte del año”⁵⁶. Destaca a este respecto la cantidad de carpinteros que salen del caserío a trabajar en la época invernal.

A Humboldt, como sucedió con Bowles, las élites no le pudieron meter el cuento de un país poblado de *etxejojaunes* propietarios. Él, que era un gran terrateniente, sabía que estaba en un país de pequeños colonos que trabajaban sus caseríos ayudados por todos los miembros de su familia:

“El arrendatario corre con todo el trabajo y gastos, pero de ordinario ejecuta toda la muy penosa labor solo con ayuda de su familia y su gente. Rara vez se toman jornaleros, en la siega (...) Si el arrendatario no tiene ningún hijo, pero sí una hija, anuncia al amo con quién tiene intención de casarla. Este se informa de las circunstancias y de la conducta del joven y si consiente en el casamiento, esto es al mismo tiempo una declaración tácita de que quiere dejar la tierra también al futuro yerno⁵⁷”.

A pesar de que más adelante va incidir en “con qué completa igualdad se tratan (...) la persona de distinción y la de constitución humilde, el pobre y el rico”, el texto anterior lo desmiente. El arrendatario corre con los gastos y el trabajo, y el amo bendice o maldice la boda de la supuesta mayorazga. La igualdad no sale muy bien parada.

Podemos inferir que las teorías igualitarias le habrían sido transmitidas por los caballeros que frecuentaba. Es sintomático el siguiente aserto: “en el país se tiene el labrador por más distinguido que el ciudadano”⁵⁸. Se trata de la misma idea que transmite la primera novela en euskara, *Peru Abarca* (1802)⁵⁹, escrita un año después del viaje de Humboldt. En ella el casero se vanagloria

(55) *Ibidem*, pp. 26-29.

(56) *Ibidem*, p. 97.

(57) *Ibidem*, p. 71.

(58) *Ibidem*, p. 99.

(59) MOGEL, Juan Antonio: *El doctor Peru Abarca*. Imp. Y Lib. de Julián Elizalde. Durango. 1881.

de sus saberes y de su conocimiento del euskara frente al barbero *kaletarra* Maisu Juan. Su autor, el sacerdote Juan Antonio Moguel (1745-1804), fue uno de sus contactos en Markina.

Como Jovellanos, Humboldt critica a los propietarios más ricos el que “llevan a menudo una vida demasiado ociosa” y no se preocupan por la prosperidad de la agricultura.

Igualmente, Humboldt critica a los caseros “sus costumbres tradicionales” y les achaca que “nada les fuerza a pensar en grandes mejoras”. Toma como ejemplos dos productos: la patata y la mantequilla que en Prusia ya tenían mucha importancia. En otros escritos de boletines anteriores ya me he referido a lo refractarios que fueron nuestros caseros hacia tan nutritivo tubérculo.

El sabio prusiano también visitó los caseríos y comió con ellos, en concreto en un caserío de Markina. Aquí también estaría “guiado” por alguno de sus contactos de la élite, pues dice que “los campesinos vascongados no puede decirse que sean ricos, viven, sin embargo, en su mayoría muy bien”. Y nos describe su comida: “todos los mediodías carne”, “beben por la tarde vino”, “además tenían tortilla de huevos y buen pan de trigo”⁶⁰. Demasiado lujo para ser caseros. Luego vemos que en esa familia tenían un criado y un jornalero, aún y todo más parece que le llevaran a comer en un día de fiesta.

Él mismo se da cuenta de que no todos los caseríos son iguales: unos son pobres y otros, fuertes. De todas formas, describe el caserío tipo de dos plantas y *ganbara*, construido de madera y piedra, con el emparrado en la fachada, sin chimenea como también reflejaba Bowles... Se hace eco de que la cocina es el *sancta sanctorum* y que las habitaciones “solo se usan para dormir y para algunos menesteres caseros” como tejer. En este caserío pobre, en donde vivían una viuda y sus hijos, describe el pesebre de los bueyes “en la cocina aplicado contra la pared, que la separa del establo y en la pared hay dos aberturas por las que pasan el pescuezo los animales. Así se evita la suciedad y el campesino tiene, sin embargo, bajo su vigilancia inmediata las dos piezas más importantes de su economía”⁶¹. Es curioso como él, un ilustrado, un *junker* prusiano que vivía en palacio de Tegel no haga mención a los aspectos higiénicos a los que estos caballeros eran tan aplicados. ¿Pensaba en su fuero interno que la higiene no era necesaria para los campesinos?

(60) *Ibidem*, p. 97.

(61) *Ibidem*, p. 144.

Se fija también en la preocupación del casero por la “fuerza y hermosura” de su ganado, en especial de sus bueyes, y hace una ligera mención al carro chillón y su silbido, el elemento más sorprendente para los viajeros románticos y sobre el que Victor Hugo va a detenerse con una delectación negativa y morbosa⁶². Al contrario que para el gran poeta romántico, para Humboldt el sonido del carro es “un ruido melancólico y silbante”⁶³. Igualmente, se da cuenta que no estamos en un país con tracción caballar, sino de bueyes, que “se acomoda mejor a las esperanzas, de sazón segura pero lenta, del campesino”.

Humboldt visita también caseríos con “más bienestar”. Allí todo era más elegante y rico. En la cocina había una gran barrica de sidra, los aposentos eran más limpios y las camas artísticamente talladas. De este caserío se fija, y describe, la confección de las abarcas, y describe un hórreo (escribe en vizcaíno *garija*), el redil (*abelechea*), el colmenar...

Después de todos estos detalles, vuelve a alabar al caserío vasco y saca sus derivadas psicológicas:

“Proporciona un placer particular, remuneratorio el examinar los detalles de esta pequeña economía. La independencia, el bienestar y el genio alegre de los habitantes de estas moradas muestra, que no les obliga la necesidad o la opresión a este género de vida, sino que les convida a ellos al propia opción y la costumbre”⁶⁴.

Fue en el viaje de 1799 que Humboldt visita Bergara y su Seminario. Toma los caballos en Villarreal (Urretxu) y tras pasar “por una alta montaña” y por “una buena calzada en zigzag” llega a Bergara. Describe con precisión el Real Seminario Patriótico Bascongado, institución “fundada aproximadamente hace 15 ó 20 años por la Sociedad patriótica Vizcaína” (así llama a la Bascongada). Se hace eco de su época “extremadamente floreciente” con “extraordinarios profesores”⁶⁵. La Guerra de la Convención le hizo “caer en descrédito”. Los profesores se fueron, los franceses la respetaron, pero más tarde fue cuartel del ejército español y había habido bastantes destrozos. Ya desde París venía recomendado por el profesor de inglés Ramírez. Relata

(62) HUGO, Víctor: *Los Pirineos*. José J. de Olañeta, Editor. Palma de Mallorca. 1985, pp. 55-56.

(63) HUMBOLDT, Wilhelm von: *Diario de viaje a España*.... p. 51.

(64) HUMBOLDT, Guillermo: *Los vascos*...., pp. 145-146.

(65) Cita a Proust (con el que se va a entrevistar en Madrid), Chabanon y Tumbor. HUMBOLDT, Wilhelm von: *Diario de viaje a España*.... pp. 51-52.

cómo algunos Amigos como el conde Gaytán⁶⁶ de Ayala o Vicente Lili habían intentado reabrirlo, pero nada era como antes.

Llevaba abierto dos años, había 36 seminaristas, pero su funcionamiento dejaba mucho que desear:

“los jóvenes, todos ellos nobles, e incluso algunos hijos de Grandes de España, no reciben ni con mucho una educación suficientemente liberal y orientada a la elegancia externa. Los ejercicios físicos están totalmente desatendidos; están bajo el control de inspectores y curas de aspecto y apariencia bastante vulgar y no pueden sino adoptar estúpidos y torpes ademanes que, por lo demás, también se advierten en los españoles más elegantes. Por lo que respecta a la limpieza, no se presta mucha atención, al menos desde nuestro punto de vista”.

Bergara y la educación del momento le decepcionan. El director era José Javier Iturriaga, pero se hallaba ausente. Su maestro principal, el sacerdote Francisco Morites, era “una persona encerrada en sí misma, uno de esos caracteres antiguos y vanidosos”⁶⁷; rasgos todos ellos poco ilustrados y que los contrasta cuando le compara con el cura e ilustrado Prestamero en Vitoria: “un espíritu liberal”. Como aspecto positivo añade de Morites, al menos, era “bondadoso con los niños”.

Respecto de Bergara, hace una importante apreciación lingüística: “se habla ya mucho español incluso por parte de la gente del pueblo”. ¿Sería el influjo del Real Seminario?

Pero la margen de los datos puntuales de una Bascongada en decadencia, su contacto con los Amigos le lleva a compartir ciertos presupuestos importantes, todos ellos de tipo liberal. En ellos se ve la influencia de Jovellanos, al que había leído y al que cita (“primoroso escrito”).

1. Una ataque a la propiedad comunal y una defensa de la propiedad privada plena: “los bienes comunales son también en las provincias vascogadas, como en el resto de España, perjudiciales para el cultivo de la tierra”. Acusa a los ayuntamientos de esquilmar el monte, vender la leña, de la rapiña de los furtivos... Un despilfarro. Coincide con el director del Real Seminario Iturriaga en la necesidad de enajenar aquellas tierras, ponerlas en cultivo y que los municipios restablecieran

(66) Lo escribe como Gaetano Ayala.

(67) Cita también a otros tres profesores: Fuertes, el de Humanidades; Ojea, de Matemáticas; y Ramírez (que había conocido en París), de inglés.

“sus caudales quebrantados”. Insiste en lo mismo al pasar por Azkoitia y Azpeitia. Los comunales se talaban demasiado pronto debido a la premura de efectivo, su administración era desordenada y la vigilancia escasa. Pocos años quedaban para que se cumplieran sus deseos de privatización⁶⁸.

2. El otro ataque frontal es a los mayorazgos, a las vinculaciones de las manos muertas y a la falta de libertad en el mercado de las tierras. De nuevo se apoya en Jovellanos. Los mayorazgos son malos para los arrendadores, malos para sus propietarios que no podían aminorar sus cuantiosas deudas y malos para el país. “Se priva a la agricultura de los capitales más considerables y las cabezas más industriosas, y a la nación del bienestar (...). En ninguna otra tierra hay tanto dinero cantante baldío y fuera de la necesaria circulación, como en España”⁶⁹.
3. Otra medida de los Amigos ilustrados, tan defendida, pero que no cesaba de hallar “estorbos” era la de la colonización de Álava por caseros guipuzcoanos. Ya hemos señalado cómo Humboldt veía a Gipuzkoa con “una población tan crecida, que todos los años hay emigraciones hacia el resto de España y hacia América”. Frente a esa sangría volvía a sacar a la palestra el viejo sueño de la Bascongada: “Álava ganaría considerablemente en su agricultura, solo con que en algunos años tuviese un aumento de 10-12.000 nuevos cultivadores”.
4. Humboldt conoce la revolución agraria que se desarrolla en Inglaterra. Se trataba de reformar la agricultura sobre la base de grandes explotaciones capitalistas. Humboldt reflexiona sobre su aplicación en el país y llega a la conclusión de que “un país montañosos y pequeño no puede compararse con grandes estados, como p. ej. Francia e Inglaterra. Los patrimonios son de demasiada poca extensión y están demasiado dispersos; un sistema en grande de la agricultura apenas podría introducirse aquí”. Es lo mismo que los Amigos de la Bascongada pensaban.

Todas las reflexiones tomadas y apuntadas en las páginas precedentes nos alejan de la imagen de Humboldt como lingüista, como filósofo, como teórico de la educación o como político. No había aspecto humano o del paisaje que no fuera racionalmente escrutado por sus ojos y por su cerebro. De ahí lo de “mirada erudita”.

(68) HUMBOLDT, Guillermo: *Los vascos...*, pp. 64 y 205-20

(69) *Ibidem*, pp. 114-116.

El modo de vivir de los caseros vascos les da una gran ventaja sobre otros habitantes peninsulares. Terminamos: “Es incontestable que el país vascongado tiene superioridad sobre las restantes provincias españolas, que los vascongados son por lo menos tanto como todos los otros españoles en actividad, asiduidad y habilidad, y que en ilustración popular, en verdadero patriotismo y genuino orgullo nacional ninguna provincia se puede igualar a las vascongadas”⁷⁰.

Conclusiones

Nuestros tres visitantes se sintieron a gusto en el país. La imagen que ofrecen del caserío es enormemente positiva y a veces risueña. Sin duda, su visión quedó mediatizada por una imagen idílica transmitida por las élites del país con quienes se entrevistaron y quienes les otorgaron informaciones algo sesgadas.

La imagen de Gipuzkoa y del país era más atrayente y poderosa por la comparación que hacen con el paisaje y la vida campesina de Castilla. A este respecto, las descripciones sobre la alimentación de los campesinos, su vestimenta, sus juegos, sus danzas y diversiones son subrayados con empatía.

Otro aspecto común a los tres es la contraposición entre naturaleza y cultura. Insisten, como no podía ser de otra forma, en nuestra geografía accidentada, montuosa y riscosa. Frente a ese medio natural, los campesinos han logrado cultivar predios casi imposibles. Esta labor se ha desarrollado a través de unas prácticas y unas labores agrarias llevadas a cabo durante siglos. La cultura y la agricultura han vencido al determinismo que supuestamente imponía la naturaleza.

Los tres insisten también en el esfuerzo femenino en este empeño anterior. La mujer vasca trabaja sin descanso en el campo. Ese trabajo es alabado asimismo en otros ámbitos, bien en el caso de las trabajadoras del puerto de Bilbao o en el de las bateleras del este de Gipuzkoa.

La dignidad en la representación del campesino es también señalada por nuestros tres personajes. Los caseros acuden al mercado, a las celebraciones religiosas o festivas con un atuendo y un porte propios de una clase superior a la suya. De todas formas, a pesar de que los tres refieren la imagen de un país superpoblado, falto de tierras e industria y abocado a la emigración la imagen de la pobreza campesina no se palpa en sus escritos, quizás por la

(70) *Ibidem*, p. 147.

comparación ventajosa con respecto a las regiones cercanas, bien de Castilla bien de la propia Álava.

Los tres conocieron la obra de la Bascongada y se relacionaron con los Amigos. Bowles en la ilusión de sus comienzos, Jovellanos en la decadencia, Humboldt en el intento frustrado de regeneración.

Aspectos que apenas los he tratado pero que permean a través de sus escritos son la fascinación provocada por el euskara, la singularidad identitaria del país y su consiguiente autoconciencia. Asimismo, destacan que el país y la provincia gozan de un destacado grado de articulación y equilibrio internos y están dotados de unas instituciones razonables que protegen una libertad ordenada y un cierto grado de igualdad.

Bibliografía

- AGIRREAZKUENAGA ZIGORRAGA, Joseba: “El descubrimiento de la nación política vasca por W. von Humboldt en 1801”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Eusko Ikaskuntza. Oñati. 1995.
- AYERBE, Rosa: “La influencia de la Bascongada y de la Instrucción elemental del Marqués de San Millán en la economía forestal de la villa de Tolosa”. *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*. LXX. San Sebastián. 2014.
- AZURMENDI, Joxe: *Humboldt: hizkuntza eta pentsamendua*. Udako Euskal Unibertsitatea. Bilbo. 2007.
- BERRIOCHOA, Pedro: Empirismo agrario en la Bascongada”. *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*. LXXI. San Sebastián, 2015.
- BERRUEZO, José: *Viajeros románticos en San Sebastián*. Imprenta V. Echeverría. Edición del autor. San Sebastián. 1951.
- BOWLES, Guillermo: *Introducción a la Historia Natural y la Geografía Física de España. Segunda edición corregida*. Imprenta Real. Madrid. 1782.
- CASO GONZÁLEZ, José Miguel: *Jovellanos*. Ariel Historia. Barcelona. 1998.
- FARINELLI, Arturo: *Guillaume de Humboldt et l’Espagne*. Fratelli Bocca, Editori. Torino. 1924.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Jovellanos, el patriota*. Espasa. Madrid. 2001.
- GÁRATE, Justo: *G. de Humboldt. Estudio de sus trabajos sobre Vasconia*. Imprenta Provincial. Bilbao. 1933.
- GRACIA CÁRCAMO, Juan: “La otra sociedad. Los marginados”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Eusko Ikaskuntza. Oñati. 1995.

- HUGO, Víctor: *Los Pirineos*. José J. de Olañeta, Editor. Palma de Mallorca. 1985.
- HUMBOLDT, Guillermo de: *Los vascos*. Ediciones vascas. Bilbao. 1979.
- HUMBOLDT, Wilhelm von: *Diario de viaje a España. 1799-1800*. Cátedra. Madrid. 1998.
- LABORDE, Alexander de: *Itinéraire de L'Espagne, et tableau élémentaire des différentes branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume*. 5 tomes. Chez H. Nicolle. Paris. 1808.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Diarios (Memorias íntimas) 1790-1801*. Imprenta de los Sucesores de Hernando. Madrid. 1915.
- LARRAÑAGA, Ramiro: *La visita de Jovellanos a Eibar*. Escrito en borrador.
- MALLADA Y PUEYO, Lucas: *Los progresos de la Geología en España durante el siglo XIX. Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias*. L. Aguado. Madrid. 1897.
- MARTÍNEZ SALAZAR, Ángel: “Euskal Herria en los libros de viajes”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Eusko Ikaskuntza. Oñati. 1995.
- MOGEL, Juan Antonio: *El doctor Peru Abarca*. Imp. Y Lib. de Julián Elizalde. Durango. 1881.
- RECIO ESPEJO, José Manuel: “Guillermo Bowles: un naturalista por la España de mediados del siglo XVIII”. *Boletín de la Real Academia de Córdoba*. Córdoba. 2006.
- RUBIO POBES, Coro: “La imagen de los vascos en los viajeros europeos del siglo XIX”. *Oienhart*. Nº 18. San Sebastián. 2000.
- TOLEDO Y UGARTE, Juan-Domingo: “Wilhelm von Humboldt: el hombre, el humanista, el político, el científico” *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Eusko Ikaskuntza. Oñati. 1995.
- VERÁSTEGUI, Federico: “La RSBAP, W. Von Humboldt y José María Murga. Una aproximación de la psicología a la historiografía política”. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. Eusko Ikaskuntza. Oñati. 1995.
- VILLARREAL DE BÉRRIZ, Pedro Bernardo: *Máquinas hidráulicas de molinos y herrerías y gobierno de los árboles y montes de Vizcaya*. Sociedad Guipuzcoana de Publicaciones y Ediciones. San Sebastián. 1973.
- ZABALETA GORROTXATEGI, Iñaki: *Wilhelm von Humboldt: hizkuntza eta hezkuntza*. Jakin. Donostia. 2005.